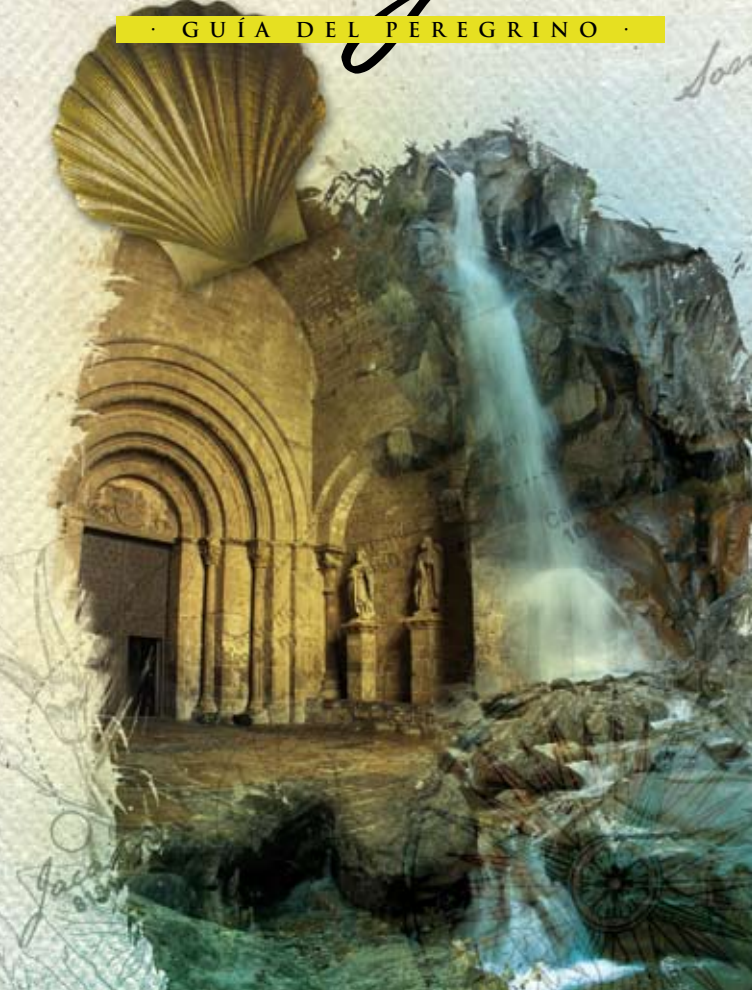


ESPAÑOL

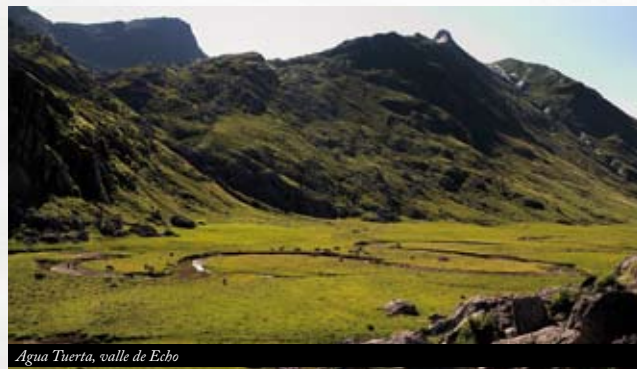
Camino de Santiago en Aragón

· GUÍA DEL PEREGRINO ·



¡Allt seia!

Ruta de estrellas invita a descubrir el Camino de Santiago a su paso por Aragón. Por el día y por la noche. En 1609, Galileo Galilei observó por primera vez lo maravilloso que era el cielo a través del telescopio. Aquel descubrimiento abrió un mundo de posibilidades pero, a simple vista, los astros con su brillo y sus dibujos habían cautivado a los hombres desde hacía siglos. En noches serenas, muchas civilizaciones se han fijado en una franja blanca que atraviesa el firmamento. Es la Vía Láctea, la galaxia a la que pertenece nuestro sistema solar. En la Edad Media, servía de guía en la oscuridad hacia el Finis Terrae. Muchos han leído en su reflejo la ruta hacia Compostela.



Agua Tuerta, valle de Echo

2010 es Año Santo Jacobeo y el escenario de la apertura es la Jacetania. Una tierra que atrapa con su luz y sus paisajes, el arte y la hospitalidad de sus gentes. Una comarca aragonesa cuya historia está ligada a la del camino. Son parte de él los que andan pero también los que habitan sus orillas, los que lo atraviesan cada día con sus rebaños y los que esperan entre la despoblación para aliviar el cansancio del peregrino.

Les vamos a presentar el trazado con las principales novedades que se introdujeron en 2009 después de un concienzudo trabajo de investigación arqueológica del Gobierno de Aragón. La ruta actual es mucho más fiel a la original, tiene un gran interés artístico y patrimonial y está muy bien señalizada. Se han recuperado kilómetros del camino histórico comidos por la vegetación, enterrados en el olvido. Se han remozado casas, parideras, búnkers y corrales que sirven al peregrino para resguardarse del frío y de las tormentas. Se han construido pasarelas sobre barrancos que se inundaban, miradores y merenderos, se han limpiado las sen-

Texto de Ana Aínsa Montes

Fotografías de Pablo Murillo López

Las astrofotografías que aparecen en la obra, proceden de los archivos de la Agencia Espacial Europea y de la NASA y se han utilizado por gentileza de sus propietarios.

Concepto y diseño gráfico: San Francisco, S.L.

Edita: Departamento de Industria, Comercio y Turismo del Gobierno de Aragón

Imprime: San Francisco, S.L.

Primera edición

Zaragoza, diciembre 2009

Depósito Legal: Z-4056/2009

I.S.B.N.: 978-84-8380-205-2

©de la obra: sus autores

©de esta edición: Gobierno de Aragón, Departamento de Industria, Comercio y Turismo del Gobierno de Aragón

Queda prohibida la reproducción o difusión de las imágenes y textos de este libro, por cualquier medio, sin el permiso expreso de los autores.

das, se han allanado los lugares en los que se acumulaba barro. Si después de leer este libro, alguien se anima a recorrer el camino, mira al cielo con otros ojos o, simplemente, viaja con la imaginación, los autores habremos alcanzado el éxito.

Hace más de mil años, la devoción y las ansias de aventura impulsaron a viajeros de toda Europa a visitar la tumba del apóstol Santiago en Compostela. Con sus huellas invisibles, trazaron unas vías que, desde diversos puntos de procedencia, confluían en un único destino. Hoy esa ruta ha cosechado los títulos de Primer Itinerario Cultural Europeo, Patrimonio de la Humanidad y Calle Mayor de Europa pero su principal logro es estar viva. Es un símbolo religioso pero también un encuentro de culturas, lenguas y tradiciones en medio de un muestrario de idílicos paisajes cambiantes que ponen a prueba al peregrino. Iglesias y catedrales, puentes y pueblos enteros crecieron hace tiempo asomados a un trazado que dejó de transitarse durante siglos pero que resurgió con fuerza.

El camino de cada uno tiene un principio y un final pero no es el que marcan las guías ni las tradiciones. Cada uno elige su punto de partida y los posibles desvíos pero conviene que sepan que la Vía Tolosana atrapa desde hace siglos. Éste es el nombre latino que se dio a la más meridional de las cuatro rutas del Camino de Santiago en Francia. Sale de Arlés y pasa por Toulouse y Olorón antes de superar los Pirineos por el Puerto de Somport. Cuando pisa suelo español no es otro que el Camino Francés a su paso

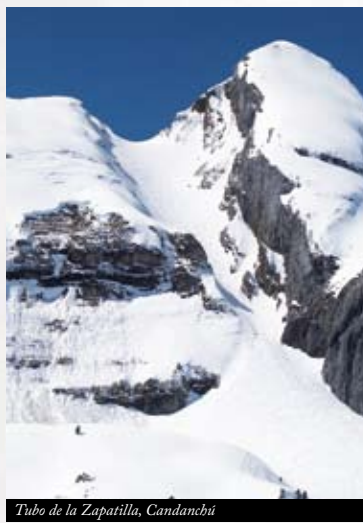
por Aragón aunque muchos lo llaman Camino Aragonés. Baja por el valle del Aragón hasta Jaca y se interna por la Canal de Berdún para salir por Undués de Lerda hacia Puente la Reina de Navarra donde se junta con el Camino Navarro, que es la continuidad de los otros tres procedentes de Francia.

En este punto, permitan que les saludemos como suelen hacerlo los peregrinos. ¡Ultreia! Y ustedes responden ¡et suseia! ¡Más allá y más arriba!



Río Ijeuz entre Villanía y Castiello

*Por qué Aragón
Si no fuera peregrina
elegiría esta ruta por...*



Tubo de la Zapatilla, Candanchú

Por su paisaje irrepetible, por su interesante historia, el bello románico y la rica cultura. Por las mejores noches estrelladas, por su autenticidad y por su gente. Aragón derrocha naturaleza, lagos cristalinos y verdes praderas de alta montaña. Respira vida en valles paradisíacos como los de Aragón, Ansó, Echo y Aragüés del Puerto, en sus sierras boscosas e intrincados cañones y barrancos que contrastan con llanuras casi despobladas

salpicadas de hospitalidad como las de la Canal de Berdún. Son paisajes privilegiados poblados por flores de todos los colores y habitados por corzos, jabalíes, ardillas, buitres leonados y quebrantahuesos. A vista de pájaro, tanta belleza da vértigo.

En Aragón, se encuentra el techo de los Pirineos, el Aneto con 3.404 metros. Casi igual de altos, el Posets y Monte Perdido invitan a lanzarse a la aventura. Alpinismo, escalada, senderismo, paseos a caballo, piragüismo, rafting o descenso de cañones. Hay más y todo el año. Espeleología, golf, deportes aéreos, patinaje sobre hielo, orientación, mushing o esquí en todas sus versiones. Los balnearios son la mejor forma de alcanzar la paz del cuerpo, como hacían los peregrinos de antaño. Perderse en los cielos limpios de pueblos y caminos que escapan a la contaminación lumínica de las ciudades no tiene precio. Palmo a palmo, esta tierra habla por sí sola.

En Aragón, permanecen indelebles las huellas de la historia. Todavía se conservan monumentos megalíticos, pinturas rupestres y poblados ibéricos. De la época romana, quedan puentes, grandes obras hidráulicas, mausoleos y sólidas murallas. La impronta del islam perdura en el Palacio de la Aljafería de Zaragoza y en la ruta de los monumentos mudéjares que salpican gran parte del

territorio. Durante el siglo XI, se edificaron por todo el Serrablo pequeñas iglesias románicas con influencia mozárabe. El reino cristiano de Aragón data de la Edad Media. El símbolo de su nacimiento es el monasterio de San Juan de la Peña, cerca de Jaca cuya catedral se alza como referente en el camino. Un camino cuyo trazado está ligado al nacimiento del Condado y del Reino de Aragón. Los primeros reyes impulsaron las infraestructuras necesarias y se beneficiaron del aporte humano y económico que suponía el trasiego de viajeros.



De camino a Arrés

Esta tierra cuenta con un patrimonio artístico milenar. Del románico al barroco, pasando por el esplendor del gótico, el mudéjar o el renacimiento. Aragón rompe con pasión durante la Semana Santa y vibra con las fiestas patronales cuyo máximo exponente son las del Pilar de Zaragoza. Recorrer hoy los entresijos de este territorio garantiza conocer modernas ciudades y pueblos con un rico pasado habitados por gente noble, amable y hospitalaria. Esta tierra de clima duro y costumbres arraigadas ha sido cuna de genios aragoneses como Miguel Servet, Joaquín Costa, Santiago Ramón y Cajal, el escultor Pablo Gargallo, el realizador de cine Luis Buñuel, el escritor Ramón J. Sender, el pintor Antonio Saura o su hermano el director Carlos, también Saura. El más universal, el de Fuentetodos, Francisco de Goya.

Fe, naturaleza, arte, turismo o aventura. El Camino Francés a su paso por Aragón lo tiene todo. Conserva la esencia de otros tiempos, es bello, tranquilo y auténtico. Para tomarlo desde Francia, hay que pasar por Olorón que, por cierto, tiene albergue de peregrinos. Desde allí, el trazado asciende suavemente hasta Borche donde comienza un repecho más fuerte hasta coronar los 1.640 metros de altitud del Puerto de Somport. La vista es increíble de día y de noche. Comienza una inolvidable aventura de cuatro etapas, no necesariamente días, por tierras aragonesas. ¡Buen camino!

Ruta de estrellas

Muchos peregrinos se “encuentran” a lo largo del camino, tal vez porque tienen tiempo de recrearse con los detalles más pequeños y... con los más grandes. Después de una dura jornada o antes de emprender un nuevo día, el silencio de la noche reconforta. Si las nubes y la luna lo permiten, se enciende un espectacular cielo que invita a perderse. Es fácil descubrir una banda de luz pálida y bordes irregulares que cruza el firmamento. Lejos del resplandor de las ciudades, brilla en todo su esplendor la Vía Láctea, la galaxia a la que pertenece la Tierra, cuya relación con el Camino de Santiago se plasmó por escrito ya en el siglo XII en el Códice Calixtino. El sol es una estrella más entre miles de millones. Único y especial, igual que cada peregrino aunque sea uno más entre millones a lo largo de la historia.

Una leyenda griega cuenta que Zeus se hizo pasar por el marido de una mujer de nombre Alcmena y, de su encuentro, nació un niño al que llamaron Hércules. Al enterarse la esposa de Zeus, Hera, intentó matar al bebé con dos serpientes pero el pequeño las estranguló. Zeus mandó al dios Hermes colocar a Hércules en el regazo de Hera cuando ésta dormía. Quería que mamase el alimento que lo haría inmortal. Al despertar, Hera separó al niño bruscamente y la leche se derramó por el cielo formando la Vía Láctea, el camino de leche.

En la Edad Media, el Camino de las Estrellas era el mapa escrito en el firmamento, el guía a través de la oscuridad hacia el Finis Terrae. Hoy se sabe que el cielo se mueve y también lo hace el trazo luminoso de esta banda lechosa que no conduce hacia San-



Vía Láctea



Jaca, 24/12/09 a las 00:00

tiago pero sí acompaña y hace el viaje inolvidable. Según la época del año y la hora de la noche, la Vía Láctea puede apuntar en cualquier dirección así que para identificar la ruta hacia el oeste basta con caminar hacia la puesta de sol o, si es de noche, buscar sobre el norte la Estrella Polar.

En las latitudes por las que discurre el Camino de Santiago, la Vía Láctea se muestra en todo su esplendor en las cortas noches estivales, mucho más discreta en invierno y desaparece casi por completo en primavera, cuando apenas destaca sobre el horizonte. Desde el este con las Tres Marías subiendo por Casiopea y llegando al Triángulo de Verano se extiende esta banda de luz que enciende el cielo.

Una de las constelaciones que más impresiona es la de las Tres Marías, un trío de estrellas que resplandecen alineadas sobre el horizonte del este. Según la mitología griega, forman otra deslumbrante constelación: el cinturón de Orión, el legendario gigante que camina por la bóveda celeste. En el lado opuesto, por el oeste, tres estrellas componen el precioso Triángulo de Verano. La más brillante se llama Vega, sobre ella se encuentra Deneb y la tercera es Altair.

En medio de la Vía Láctea, otro grupo de estrellas dibuja una M o una W, según se mire. Es la constelación de Casiopea. Dice la leyenda que Casiopea era una reina de Etiopía bonita y vanidosa a la que Poseidón, el dios de los mares, castigó a permanecer en los cielos para siempre. Entre Casiopea y la Osa Mayor, la Estrella Polar indica siempre fiel el norte.



Jaca, 24/06/09 a las 00:00

El camino de estrellas desemboca en la constelación del Can Mayor donde destaca Sirius, la estrella más brillante del universo que podemos ver en la noche. Hace cinco mil años, era la encargada de regir los calendarios egipcios. Sus reflejos iridiscentes, verdosos o rojizos acaparan las miradas. También hay una Canis Menor a la que pertenece Procyon. Según la mitología, ambas se identifican con los perros de Orión, el valiente cazador que fue colocado entre cuerpos celestes con sus canes más queridos.



Osa Mayor

Al contemplar la Vía Láctea, se emprende un viaje a través de constelaciones que atrapan al espectador como Gémini formada por dos estrellas muy próximas y de similar magnitud, casi gemelas, una alegoría al amor fraterno. La del Auriga, según la mitología, el que lleva las riendas, el pastor de la cabra que amantó a Zeus; la discreta Cepheus; o la del Cisne cuya forma recuerda a la cruz de Santiago o a un pájaro con las alas extendidas. También parece un ave la del Aquila, las cuatro estrellas de Sagitta dibujan una flecha y Scorpius, el escorpión que, según la mitología, fue colocado en el firmamento en memoria del que salió de la madre Tierra y persiguió a Orión hasta matarlo.



Nebulosa de Orión

La parte más meridional de la Vía Láctea que puede verse desde el Camino de Santiago coincide con la constelación de Sagittarius cuyas estrellas más brillantes parecen dibujar la silueta de un centauro tensando su arco.

Para recrearse con la Vía Láctea hay que dejar que la pupila del ojo se acostumbre a la oscuridad durante unos diez minutos. Es capaz de pasar de cuatro a ocho milímetros de grosor en ese tiempo para beberse el paisaje nocturno. Los prismáticos pueden resultar muy útiles también por la noche. Van a permitir descubrir cúmulos de estrellas, ver a Júpiter y sus cuatro satélites galileanos, las lunas o los cráteres y los mares lunares. Basta con controlar el pulso, apoyar los brazos en una ventana, tumbarse, utilizar un trípode o recurrir al viejo truco de pisar un cordón con el pie y extenderlo hacia arriba para controlar la inclinación.

El cielo cambia en cada estación. En otoño, se aprecian mejor Andrómeda, el Triángulo de Verano, la Corona Boreal y la nebulosa del Anillo. En invierno, Orión, la nebulosa de Orión y las Pléyades que son las princesas de la helada. En primavera, el León y la galaxia del Remolino. La Vía Láctea se extiende inmensa mostrando todo el camino que queda por delante. ¡Buena noche!

Aln camino con mucho historia

Paso a paso, desde tiempos inmemoriales, los hombres han surcado los caminos en busca del fin de la Tierra. Muchos lo situaron en Finisterre y vieron en el Atlántico la tumba del sol. Durante sus viajes, encontraron la paz del cuerpo en las fuentes de aguas termales y la espiritual siguiendo la pista a las estrellas de la Vía Láctea. Pero fue en el año 813, en plena invasión musulmana de la península, con el bando cristiano fragmentado, cuando la historia del Camino de Santiago echó a andar.



Puente en Canfranc

Según la tradición, un ermitaño llamado Pelayo vio una cascada de estrellas posarse sobre el bosque Libredón. Se lo comunicó al obispo de Iria Flavia, Teodomiro, quien, en el lugar iluminado, descubrió

un arca de mármol con restos humanos. Por revelación divina, supo que se trataba de los de Santiago el Mayor. Uno de los doce apóstoles al que Herodes Agripa mandó decapitar en Jerusalén, en el año 42, por predicar el cristianismo. Como era costumbre, sus discípulos Atanasio y Teodoro robaron el cuerpo sin vida del maestro para darle sepultura en las tierras que había evangelizado. Tras una semana de viaje hasta la remota Galicia, lo enterraron en el cementerio de un antiguo castro romano, en el punto en el que siete siglos después se fijó Pelayo. Teodomiro contó lo ocurrido al rey Alfonso II el Casto quien acudió rápidamente desde Oviedo respaldado por sus principales nobles. Al llegar al Campo de Estrellas, Compostela, ordenó levantar una sencilla iglesia de mampostería y barro para marcar el lugar santo. Aún se construiría otra sobre la tumba de Santiago antes de la gran catedral románica que se inició el año 1073 bajo mandato del obispo Peláez.

Enseguida empezaron a llegar peregrinos de todo el continente aprovechando las vías romanas. Paso a paso fueron labrando un camino. La primera peregrinación documentada de la historia la protagonizó el arzobispo de Puy en Velay, de nombre Gotescalco. Corría el año 950 cuando viajó acompañado de un gran séquito.

Los reyes cristianos de la península necesitaban apoyo militar, dinero y hombres que podían proceder del otro lado de los Pirineos así que decidieron impulsar la ruta jacobea. Entre 1077 y 1090, Alfonso VI de Castilla y Sancho Ramírez de Aragón tendieron puentes, vías y hospitales, levantaron monasterios y catedrales. Concedieron protección y privilegios a los caminantes y el de Santiago se convirtió en el principal trazado por delante de los de Jerusalén y Roma. Fue clave la acción del clero. Los monjes cluniacenses propagaron la peregrinación, promovieron la hospitalidad y controlaron puntos estratégicos como San Juan de la Peña.

Millones de europeos caminaron hacia Santiago de Compostela. Algunos por iniciativa propia, otros por encargo dedicaron varios años a recorrer un trayecto del que muchos hicieron su vida. El sepulcro del único apóstol enterrado en Europa consiguió movilizar y fortalecer la fe cristiana en el norte de España. Desde el siglo IX hasta su declive en el XIII, el camino vivió tiempos de esplendor. Con él, resurgió el comercio, el movimiento de dinero y el aumento de población. Se relajaron las servidumbres feudales y se crearon e impulsaron las ciudades mientras se estancaban los señoríos.

Hablar del Camino de Santiago es hablar del origen de Aragón. En torno a esta vía de comunicación, se articuló la acción de los primeros monarcas, esta ruta natural atrajo a caballeros y artesanos, mercaderes y peregrinos que dieron vida a la incipiente economía aragonesa. Los tres pilares: Santa Cristina de Somport, Jaca con su catedral y el monasterio de San Juan de la Peña. Además, la infraestructura viaria y militar que mantenía la ruta abierta y segura.



Bosque húmedo. Castiello

Los Pirineos son la puerta de entrada a España por tierra. Hasta el año 1000, la vía principal seguía el trazado de la antigua calzada romana Bearn-Caesaraugusta. Cruzaba el Puerto de Palo, de 1.940 metros de altitud, pasaba por el monasterio de Siresa y bajaba por el valle de Echo hasta la Canal de Berdún. Salvaba calzadas romanas y puentes medievales que hoy aún pueden pisarse. Había muchos otros accesos como el que atravesaba los Pirineos por la Gave D' Ossau, superaba los 1.792 metros de altitud del Portalet y bajaba por el precioso valle de Tena hasta Biescas para después tomar dirección Jaca.

A finales del siglo X, los caminantes cambiaron Palo por el Summus Portus, el Puerto de Somport, de 1.640 metros de altitud. La mejor orografía del terreno lo hacía transitable prácticamente todo el año. El prestigio del hospital de Santa Cristina fijó este paso como el principal y configuró este tramo del Camino Francés. Desde Somport atravesaba Canfranc y Jaca, a la que Ramiro I convirtió en capital del Reino de Aragón en el año 1035. Los peregrinos seguían hasta Puente la Reina y entraban a tierras navarras por Sangüesa.



Panteón Real de San Juan de la Peña

El impulso definitivo que hizo del camino la gran ruta de peregrinación de los siglos XII y XIII fue la concesión desde Roma de los Años Santos Compostelanos, que permiten a los peregrinos obtener la indulgencia plenaria o perdón de sus culpas. El papa Calixto II otorgó a la iglesia compostelana el Jubileo Pleno del Año Santo y Alejandro III lo declaró perpetuo.

El Camino de Santiago se consolidó como la vía de peregrinación religiosa más importante. Eso y mucho más. Una forma de vida, intercambio cultural, corriente renovadora de ideas económicas, artísticas, políticas y religiosas. Artesanos y mercaderes se instalaron a lo largo de la ruta y nacieron así los núcleos urbanos o burgos. La mayoría de los nuevos vecinos eran extranjeros, a todos se les llamó francos, y recibieron importantes privilegios en los fueros de fundación de sus ciudades. Primero el románico y luego el gótico salpicaron de arte un camino que también exportó la herencia musulmana. En 1987, el Consejo de Europa lo nombró Itinerario Cultural Europeo; en 1993, la UNESCO lo declaró Patrimonio de la Humanidad.

La ruta jacobea inspiró la primera guía turística de la historia. En 1139, Aymerich Picaud, un clérigo francés capellán de Vezelay, escribió el Codex Calixtinus o Códice Calixtino, que cuenta con todo detalle su peregrinación hasta Santiago y da recomendaciones a los que quieran animarse. Debe su nombre al papa Calixto II, quien lo mandó compilar.

En un documento de 1312, se refleja otra costumbre de la época. El caballero francés Yves Lebreton peregrinó en nombre de la condesa de Artois que así no tuvo que renunciar a las comodida-

des de su castillo. Hay más detalles con historia. En 1488, los Reyes Católicos viajaron hasta Compostela para honrar a Santiago Matamoros, símbolo en la expulsión de los árabes de España.

La peste negra mató a casi un tercio de los europeos en el siglo XIV, la falta de seguridad en los caminos junto con el protestantismo y las guerras de religión del siglo XVI vaciaron la ruta jacobea. En medio de este clima, el arzobispo San Clemente ocultó los restos del apóstol, en 1588, por temor a que fuesen robados. Las reliquias estuvieron perdidas hasta que, en 1879, el cardenal Payá y Rico las encontró tras una bóveda gracias a unas obras de rehabilitación. Años más tarde, el papa León XIII confirmó su autenticidad pero hubo que esperar hasta el último cuarto del siglo XX para desempolvar el Camino de Santiago. Si los caminantes del medioevo se movían por la fe, en la actualidad, se añaden otros alicientes. Motivos personales, terapia contra la rutina o el estrés, turismo, arte, aventura. Personas anónimas y famosas han compartido trayecto durante siglos.

San Francisco de Asís avanzó entre las masas. Matilde, la hija del rey de Inglaterra Enrique I, llegó por mar en 1125 después de enviudar del emperador alemán Enrique V. En el siglo XV, la peregrinación caballeresca deja anécdotas como la que protagonizó Hainault de Werchin quien anunció que retaría a todo caballero que no se apartara más de veinte leguas de su trayecto. En 1668, el príncipe italiano Cosme de Médicis visitó Santiago acompañado por cuarenta personas. En 1989, Juan Pablo II se convirtió en el primer papa que peregrinaba a Santiago en la historia de la ciudad santa. Hay quien ha querido contar al mundo su experiencia. La actriz Shirley Maclaine plasmó su viaje en un libro que triunfó en Estados Unidos; el brasileño Paulo Coelho escribió *El Peregrino de Compostela*.



Peirón de Abay, en La Solana

Hoy confluyen caminantes de todo tipo, personas que buscan encontrarse con otros paisajes, otras gentes y con ellos mismos. El guión se escribe sobre la marcha. Más allá de marcas y propuestas cada uno establece su propia ruta. Hoy se atraviesan los altos valles pirenaicos, sobre todo, por dos puntos: Somport y Roncesvalles. Ambas vías se encuentran en Puente la Reina de Navarra, bajan hacia La Rioja y después se adentran por el norte de Castilla. El camino recorre sierras y llanos, cañadas y riberas, tierras de lobos y jabalíes, urogallos, buitres leonados y quebrantahuesos. El trazado serpentea por bosques y estepas que discurren por Burgos, Plasencia y León para llegar hasta Galicia. Inolvidable.

El peregrino, el sentido del camino

Peregrino es el que anda por tierras extrañas. Eso sobre el papel porque en el Camino de Santiago esta palabra se llena de contenido. Se consideran peregrinos los de ayer y los de hoy, los que se mueven por la fe o por cumplir una promesa, los que quieren escapar del estrés, vivir una aventura, conocer arte o paisaje. Cada uno tiene sus motivos y planea su propia ruta. A caballo, en bicicleta o a pie. Algunos más que andar corren; otros paran para degustar cada detalle. Hay quien pasa con los ojos cerrados porque siente el camino sólo como un medio y quien los abre de par en par para disfrutar hasta de la última piedra. Da igual el ritmo. Como en una carrera de relevos, unos y otros se van reencontrando en los albergues y se traza entre ellos un hilo especial de amistad. Todos se acaban contagiando del espíritu jacobeo.

En la Edad Media, las personas huían del hambre y las enfermedades en este mundo y creían en la supervivencia del alma en el otro. Para la gran mayoría era difícil viajar, conocer y aspirar a muchos bienes materiales así que se centraban en lo espiritual para lograr la salvación una vez muertos. Los primeros peregrinos buscaban el perdón de los pecados, el martirio o un milagro. Más adelante muchos entendieron esta ruta como un acto personal de mortificación. Santiago pasó por delante de Jerusalén y Roma como destino y el Camino Francés se convirtió en el principal lugar de encuentro de ideas, culturas y gentes europeas.

A lo largo del trazado, el devoto encontraba una manera extraordinaria de adorar a Dios. Otros cumplían una promesa hecha ante una enfermedad grave o un peligro. A partir del siglo XI, surgieron peregrinos de alquiler que cobraban un sueldo y quienes viajaban por manda testamentaria para rogar por el alma del difunto. El canonigo de Nantes, Pierre Dorengé, ordenó que "un pobre vaya a Santiago de Galicia en mi nombre y a mis expensas y deposite allí una ofrenda de un franco de oro".

Se mandó peregrinar como penitencia tras la confesión a más de uno o como medio para alcanzar la indulgencia plenaria. Los tribunales podían imponer a los delincuentes embarcarse en el camino en vez de ir a la cárcel. Muchos enfermos y discapacitados físicos o psíquicos se jugaban no sólo la salud del alma sino también la del cuerpo. Para ellos Compostela era un sueño que recreaban en las noches estrelladas siguiendo la estela de la Vía

Láctea. Apoyados sobre sus muletas, llevados en caballerías o asidos a sus lazarillos, avanzaban con la esperanza de acercarse hasta el cuerpo milagroso del apóstol Santiago.

En la Edad Media, se preparaban en cuerpo y alma antes de emprender su aventura. Se confesaban, rezaban y cuidaban importantes aspectos materiales como la obtención de salvoconductos para la exención de impuestos y peajes e incluso muchos redactaban su testamento. La partida de los peregrinos medievales era todo un acontecimiento. Para protegerse durante el viaje, la mayoría salía en grupo desde lugares tan dispares como Arles, Orleáns o Le Puy. El pueblo entero los despedía después de un acto religioso en el que recibían la bendición ellos y las prendas que iban a llevar. Hay quien dice que una décima parte no regresaba jamás de este periplo por lugares con lenguas y costumbres desconocidas. La falta de higiene, el contagio de enfermedades, agua y comida escasas o en mal estado, robos, la incertidumbre de encontrar alojamiento y abusos en los peajes sumados a la dureza del camino, a veces, resultaban insoportables.

Para evitar que los confundieran con pordioseros o vagabundos se impuso una indumentaria común: sombrero redondo de ala ancha, un abrigo corto que no molestase al andar, una esclavina o pelerina de cuero para resguardarse del frío y una calabaza para portar agua. El calzado debía ser fuerte y cómodo, aun así se desgastaba tanto que se multiplicaron las zapaterías a lo largo de la ruta. Llevaban un alto bordón con punta de hierro y la esportilla o

escarcela, un inseparable bolso en el que guardaban comida, dinero, pliegos, salvoconductos y otros efectos personales. La vieira o venera la obtenían en Compostela para acreditar el éxito de su hazaña. En el siglo XII, ya existía en Santiago un negocio que vendía como recuerdo conchas de plomo, estaño y azabache. Cuando se encontraban dos peregrinos se saludaban diciendo *ultreia* que significa *vamos más allá*, el otro respondía *et suseia*, es decir y más arriba.



Romería de Santa Orosia

Las marcas que hacían en el bordón los hospitaleros servían para contar los días que llevaba cada caminante en un albergue. Había interesados que acudían a sacar provecho. Comerciantes, estudiantes de medicina que practicaban en los hospitales que poblaban el camino y falsos peregrinos que se aseguraban atenciones y limosnas. Bajo el atuendo jacobeo, ladrones, desertores, prostitutas y buscavidas vagaban por el mundo sin trabajar viviendo de



Replica del Santo Grial. San Juan de la Peña

la caridad. Pero no sólo ellos agudizaron el ingenio. Algunos posaderos añadían agua al vino, cobraban más de lo debido o servían alimentos en mal estado. Al fin y al cabo, sus clientes estaban sólo de paso. En 1133, los comerciantes de Compostela fueron amonestados por cobrar más a los caminantes que a los clientes habituales. Surgieron falsos clérigos que, en realidad, eran expertos timadores. Entre los viajeros había también aventureros movidos por las lecturas caballerescas o las leyendas del Santo Grial.

Era fácil camuflarse entre tantos peregrinos de toda condición. Santos, reyes, caballeros, burgueses, artesanos, comerciantes, campesinos. Caminantes solitarios o rodeados de un gran cortejo, a pie o a caballo, a cara descubierta o de incógnito se embarcaban en un largo, duro y concurrido trayecto. Los viajeros no disponían de mapas, señales, caminos asfaltados o puentes. En ocasiones, les tocaba sortear el río o capear lluvias, tormentas y ventiscas sin la ropa ni el calzado adecuado. Muchas veces, su cobijo era el cielo estrellado; su única arma, una fe capaz de mover montañas. Hablaban distintas lenguas, tenían monedas diferentes y se movían por pequeños reinos en los que eran frecuentes las guerras y las revueltas.

Para proteger a los caminantes se decretó que nadie podía hacerles daño, en el Concilio de León de 1114. Se llegó a mandar la excomunión para quien les robase, en el Concilio de Letrán de 1123. Durante el viaje estaban exentos de pagar peajes y portazgos y, en su tierra de origen, se protegían los bienes que dejaban. Pero, a pesar de las buenas intenciones, a finales de la Edad Media, con tantos malhechores camuflados, estas leyes se relajaron y Felipe II prohibió el uso de la indumentaria típica del peregrino.

Hoy, en el camino, también se hablan variados idiomas pero, por encima de todos ellos, impera la hospitalidad y la generosidad que la gran mayoría entiende y practica. Un reguero de indicaciones hace sentir acompañado al caminante aunque viaje solo. Se ven bordones y vieiras y los peregrinos cuentan con el apoyo de las administraciones autonómicas y de los albergues que pueblan el trazado. Cada uno tiene su motivo. El camino atrapa a todo el que lo pisa. Lo envuelve en su aura, le concede momentos de paz, pureza y el perdón de los pecados.

Al llegar a Santiago, los viandantes medievales se confesaban, comulgaban y se les otorgaba la Compostela para certificar su peregrinación. La más antigua de las que se conserva data de 1321. En la basílica del apóstol, velaban su cuerpo ante la tumba la primera noche, después se ceñían la corona de plata de la imagen de Santiago. Hoy los preparativos materiales suelen ganar a los espirituales pero la recompensa es la misma. Se recibe la Compostela y, ante la escultura del apóstol, impera el abrazo al santo, que consiste en subir por detrás del altar mayor y dar un beso o abrazar la imagen. En ese momento, los sentimientos se desbordan.

Millones de huellas invisibles han quedado impresas a lo largo de la historia sobre trazados principales y ramales, pistas de tierra y carreteras asfaltadas, caminos reales, de herradura, calzadas romanas y vías pecuarias rebosantes de vivencias. Cada peregrino deja algo en el camino y se lleva algo. Siempre.



Caminar por la Canal de Berdún

Pensar el camino

Antes de pisar el camino, hay que pararse a pensar. No importan los motivos, se trata de una peregrinación y eso es lo que la convierte en una experiencia única. A lo largo de la ruta, algunos albergues esperan al caminante. Están regentados por personas que dedican su vida a atender a los demás. En los pueblos de paso se practica una virtud heredada, la hospitalidad. Eso se merece agradecimiento no exigencias.

Lo primero que hay que decidir es cómo hacer el Camino de Santiago. La mayoría lo recorre a pie aunque algunos llevan coches de apoyo. Otra opción es la bicicleta teniendo en cuenta que la etapa de Somport a Jaca es preciosa pero algo dura. Una tercera es a caballo pero, en ese caso, hay que prever los establos y la alimentación del animal. Lo mismo ocurre si los que van andando llevan un burro, como antaño.



Sello en la credencial

Tal vez ayude a tomar la decisión el precio. El camino no sale gratis. Se estima que andando o en bici puede costar unos veintidós euros diarios si se duerme en albergues públicos, se comen menús y se improvisan las cenas. Alimentándose en restaurantes y pernoctando en albergues privados o en hostales el gasto oscila entre los treinta y los cincuenta euros al día. A caballo, la cifra sube hasta los cien o ciento cincuenta euros diarios en función de si el animal es propio, si se requiere vehículo de apoyo o se contratan los servicios de empresas especializadas.

La mejor época del año es de abril a junio y los meses de septiembre y octubre aunque la mayoría elige el verano porque es cuando

tiene vacaciones. En esa época del año, los mayores enemigos son el calor y los albergues llenos. Los meses de octubre a marzo son ideales para los peregrinos muy preparados que no temen al frío y que saben que algunos refugios cierran.

Se recomienda solicitar la credencial en el punto de partida. Es importante porque sin ella no se puede dormir en los establecimientos para peregrinos. También hay que entrenar varios días con las botas y la mochila cargada que se vaya a llevar. Hay que andar con cabeza, sin correr ni ir demasiado despacio. Los que se retiran suelen hacerlo durante los dos primeros días desalentados por dolorosas ampollas o tendinitis.

Mochila

Debe pesar cinco o seis kilos para ser una buena compañera de viaje, en vez de una carga. En el camino, se puede comprar de todo aunque hay que recordar que, desde Jaca hasta Sangüesa, no hay ni un solo cajero automático.



La mochila tiene que ser cómoda, con correas en la cintura y en el pecho, bolsillos laterales y superiores. Hay que meter los objetos personales de forma ordenada clasificados en bolsas de plástico de diversos colores que no hagan ruido y eviten que el contenido se pueda mojar. Lo más pesado al fondo. Saco de dormir, ropa de repuesto, chubasquero, gorra o sombrero, cantimplora, botiquín, impermeables, cuerdas, cintas con cierre de montaña, pinzas para la ropa, algo de comida...

Saco de dormir: se recomienda si se piensa pernoctar en refugios o albergues de peregrinos. En verano, no es necesario que sea muy grueso. Hay que recordar llevar la esterilla. Si se va a hacer camping, se necesitará también tienda de campaña. Es útil, sobre todo, para grupos.

Calzado: conviene llevar más de un par, que sean ligeros, resistentes y que el pie esté acostumbrado a ellos. Lo ideal son unas zapatillas sólidas que faciliten la transpiración o unas botas de trekking. El calcetín tiene que ser el adecuado y estar bien colocado para evitar rozaduras. Unas chanclas para la ducha que se sequen pronto permitirán descansar el pie en los albergues y acompañar en la parte turística del viaje.

Ropa: cómoda, práctica, ligera y que transpire bien. Llevar poca que se lave y seque rápido. Además de la puesta, un

par de camisetas sin costuras, un pantalón (los desmontables van muy bien), una chaqueta o forro polar, ropa interior, un bañador, un par de calcetines técnicos para que no salgan ampollas, gorra o sombrero, chubasquero que proteja del viento o capa, un pañuelo para el cuello y un chándal de poco peso. Según la época del año, prendas de abrigo. Gafas de sol.

Conviene llevar una funda de almohada por cuestiones higiénicas, unas tiras reflectantes para colocar en la ropa, detergente para lavarla, pinzas para tenderla e impermeables grandes para colgarla en el exterior de la mochila si al día siguiente no está seca.

Bordón

El bordón es un bastón que facilita el camino. Es el distintivo de los peregrinos desde siempre pero tiene muchas más funciones. Ayuda a marcar el ritmo, a equilibrar la columna, a tantear terreno embarrado, evita resbalones en las bajadas y sirve para intimidar en caso de necesidad. Hay quien prefiere los de toda la vida y quien defiende los bastones telescópicos que se utilizan para la montaña.



Agua y comida

Siempre hay que llevar un poco de comida encima, sobre todo, frutos secos, fruta o chocolate y una cantimplora o botella de agua y bebidas isotónicas. Son muy útiles las que se compran en polvo. Hay fuentes a lo largo del recorrido pero pueden estar sucias por el ganado y algunas son difíciles de encontrar. Conviene llevar agua abundante, sobre todo, en la travesía de la Canal de Berdún y en la sierra de San Juan de la Peña donde los pueblos distan entre sí y, en verano, hace mucho calor.



No se debe cargar comida para más de un día. Es mejor comenzar la marcha con un desayuno fuerte. Hay que mantener el nivel de azúcar en la sangre con ayuda de tentempiés: barritas energéticas, frutos secos o pasas, el chocolate provoca sed. Además de agua, ir tomando infusiones como té o café. Al final del día, como recompensa, una cena abundante y sana. Llevar un juego de cubiertos puede resultar útil si se utilizan las cocinas de los albergues.

Botiquín

Una bolsa ligera con un botecito de yodo, esparadrapo de tela, gasas estériles, tiritas, aspirinas, anti-diarreico, una crema antiinflamatoria y otra de protección solar, unas pinzas, repelente de insectos y un pequeño frasco de amoniaco para aliviar los picotazos (el hielo sobre la zona ayuda a rebajar la inflamación).



Neceser

Se debe rellenar con productos de aseo de tamaño mini. Tapones para los oídos, champú, jabón para el cuerpo, desodorante, peine, cepillo de dientes y pasta, cortañas, crema hidratante, una toalla de secado rápido, tijeras, hilo y aguja.



Material adicional



Mechero, una pequeña linterna frontal para moverse de noche en el albergue, una navaja pequeña, papel higiénico, pañuelos de papel, un reloj con función de despertador, móvil y cargador.

Una bolsa de plástico con cordones para colgar del cuello facilita tener a mano una guía manejable y los mapas sin que se rompan ni se mojen.

No es bueno llevar mucho dinero encima. Recordar la documentación: carné de identidad, tarjeta de la seguridad social, tarjeta de crédito y credencial del peregrino. Además, un pequeño cuaderno, bolígrafo, cámara de fotos que no ocupe mucho y una radio mini. Todo ello puede ir metido en la clásica riñonera.

Conviene que la familia tenga una idea del recorrido y los teléfonos de las oficinas de información para poder localizar al peregrino en situaciones de urgencia. En caso de accidente, contactar con el puesto más próximo de la guardia civil.



Estar federado aporta el mejor seguro de accidentes para practicar el excursionismo y la bicicleta de montaña.

Señales

El trazado está muy bien señalizado con flechas amarillas e indicaciones de la GR 65.3 gracias al trabajo de las instituciones y a los amigos del camino. La distancia entre las marcas depende del tramo pero como máximo alcanza los ciento cincuenta metros. Si se pierde alguien lo mejor es volver a la última señal o cruce. Cuidado porque la atención se dispersa cuando se va en grupo.



Las señales acompañan todo el camino

Albergues

Los albergues para peregrinos hacen único al Camino de Santiago frente a otras rutas senderistas. En ellos sólo pueden dormir quienes peregrinan a pie, a caballo o en bici y lo acreditan con la credencial. Tienen preferencia los caminantes sobre los ciclistas y jinetes. Algunos no tienen horarios pero otros no abren hasta primera hora de la tarde, exigen silencio a partir de las nueve de la noche y piden que se salga al día siguiente a una hora temprana. Sólo se puede permanecer una noche en ellos, salvo motivo de enfermedad.

Antaño se mantenían gracias a los donativos voluntarios pero cada vez existen más lugares en los que se paga entre cinco y diez euros por pernoctar. El precio suele dar derecho a los servicios municipales como, por ejemplo, la piscina. No importa el ritmo de la marcha, los peregrinos suelen encontrarse en los albergues.

Son lugares acogedores y hospitalarios en los que siempre hay alguien con quien charlar y en los que el descanso después de un día agotador reconforta. Los amables hospitaleros escuchan, aclaran dudas y solucionan problemas. Cuando se llenan en verano, siempre suele haber una casa dispuesta, un camping o, si hace falta, el suelo de un polideportivo para pasar la noche.

A pie

Cualquiera puede ser peregrino a pie pero embarcarse en esta aventura supone un gran esfuerzo físico así que hay que planificarla bien. Lo normal son etapas de entre veinte y treinta kilómetros si se está entrenando pero tampoco pasa nada por fragmentar las jornadas. Si se tienen problemas de salud, hay que tener localizados de antemano los puntos de asistencia. El camino de cada uno hay que diseñarlo en función del tiempo del que se dispone, de los puntos de partida, medios de transporte para trasladarse hasta ahí, climatología y compañeros de viaje. Se debe pensar en la ida pero también en la vuelta.

Hay que ser prudente y saber dosificar el esfuerzo en función de las posibilidades físicas. Antes de partir, conviene realizar caminatas cada vez más largas y, a ser posible, con la mochila cargada con todo el equipo imprescindible que se va a llevar. Es una buena forma de decidir qué se puede dejar en casa.

En bicicleta



Dificultades en la travesía del río Ijuez

Los ciclistas sustituyen la mochila por una parrilla sobre la que colocan el saco, la esterilla y alguna bolsa con comida o un spray antipinchazos. Un par de alforjas a cada lado de la rueda trasera contienen el resto del equipaje que contiene culottes, casco y guantes. Deben pesar un máximo de diez kilos en caso de que se lleve tienda de campaña. Los palos se acomodan en la barra. Los utensilios para las reparaciones (parches, goma, destornilladores, llaves y cámaras de repuesto) suelen colocarse en un estuche con forma de triángulo que se adapta al cuadro de la bici, la bomba también tiene su sitio igual que el bidón de agua. Conviene incluir otro con bebidas isotónicas. La documentación, mapa, crema solar y el dinero en una cartera que va en el manillar o en una mochila que no moleste. El candado debe ir atado al sillín. En los albergues hay sitio para guardar las bicicletas.

Mejor no llevar peso sobre la espalda y aprender antes de salir a pedalear con los kilos que tiene que soportar la bicicleta, sobre todo, en ascensos y descensos. La bici debe estar siempre bien iluminada con luces y reflectores adicionales por si hay tormenta o poca visibilidad. La ropa debe hacer visible al peregrino en la carretera. Hay reflectantes para alforjas, parrilla, ruedas e incluso luz bajo el sillín.

Las ruedas no deben hincharse demasiado para evitar reventones en algún bache. Hay que tener en cuenta que las cubiertas se desgastan mucho con el peso. Bloquear la suspensión en las subidas ayuda a evitar pérdida de esfuerzo. Agua abundante.

Antes de partir, conviene entrenar con al menos tres meses de antelación sobre todos los terrenos y llevar una bicicleta fiable. Como mucho se suelen recorrer ochenta kilómetros diarios. Cada vez se ven más peregrinos ciclistas, sobre todo, de entre veinte y cuarenta años. La edad aumenta, por ejemplo, en el caso de los holandeses acostumbrados a este medio de transporte que incluyen en el equipaje incluso sillas plegables.

A caballo

Cualquier caballo, burro o mula puede realizar el camino si está sano, en forma, bien herrado, bien domado y no se asusta de los coches y los perros.

El jinete debe ir equipado con chaleco reflectante, fusta, casco, guantes, pantalones, polainas, gafas de sol, protector solar, impermeable con capucha que cubra la grupa, ropa de abrigo según la época, chaleco acolchado de nylon y chaquetón encerado largo. Para el caballo se necesita llevar una manta impermeable transpirable, silla, mantilla, sudadera, bocados, estribos, cinchas, alforjas, vendas y protectores, riendas, cabezada, ramales, trabas, accesorios de limpieza de cascos y cepillado, un cubo, alguna bolsa de granulado y alquitranes para los cascos. Hay que prever la alimentación y el establo para que pernocten los caballos, evitar el acceso a las grandes ciudades y utilizar lo menos posible las autovías. La mayoría de las peregrinaciones a caballo llevan coche de apoyo o están incluidas en viajes organizados. Hay que cabalgar sólo de día, en fila india y vestir ropa con tiras reflectantes.

No conviene efectuar largas etapas, se debe llevar una marcha de cinco o seis kilómetros por hora parando para descansar. El Camino Francés a su paso por Aragón es perfecto para realizarlo a caballo salvo un pequeño tramo a la altura de Canfranc donde

hay mucha piedra suelta. Hace falta experiencia y caballos entrenados porque sino se fatigan mucho. Desde Somport hasta Compostela, se tarda unos veinticinco días.

En coche

No se considera peregrinación. Suelen servir como vehículos de apoyo. En estos casos, se recomienda la revisión del coche antes de la partida, respetar la señalización, las limitaciones de velocidad, precaución en todo momento y cuidado, sobre todo, con los peregrinos que van a pie o en bici que, a veces, tienen que ir por el arcén. También hay quien hace el camino en quad o en moto. Aunque, en estos casos, la motivación suele ser la aventura, todos acaban impregnándose del espíritu y la magia de la ruta jacobea.

La credencial

Sirve para identificar al peregrino. Es un pasaporte de cartulina que consta de catorce páginas que se abren en forma de acordeón. En ellas se colocan los sellos con la certificación de paso en albergues, parroquias y asociaciones del Camino de Santiago. Incluye una carta de presentación y un espacio en el que, cumplida la peregrinación, la Oficina del Peregrino de Santiago pone la fecha y el sello, al tiempo que otorga la Compostela. Es sólo para los viajeros a pie, bicicleta o a caballo que desean realizar la peregrinación con sentido cristiano, aunque sólo sea en actitud de búsqueda. Es imprescindible para acceder a los albergues que ofrece la hospitalidad cristiana del camino y para solicitar la Compostela en la catedral de Santiago.

Puede conseguirse y sellarse en la oficina de Turismo de Canfranc, en la iglesia de Santiago de Jaca y en la Asociación de Amigos del Camino de esta localidad, también en el albergue de Santa Cilia. Lo mejor es salir de casa con la credencial. Se entrega en la asociación de Amigos del Camino más cercana al domicilio del peregrino.

Existe una acreditación jacobea universitaria que se compone de dos documentos. Uno es la credencial del peregrino universitario en la que se deben estampar los sellos de las universidades por las que transita la ruta elegida y permite pernoctar en los albergues. El otro es la Compostela Universitaria. Ambos sirven para obtener servicios y ventajas en alojamientos, transporte y compra de guías. Algunos centros dan créditos de libre configuración a quienes tras realizar el camino presentan algún trabajo relacionado con él (www.campus-stellae.org).

La Compostela

Es el documento que certifica haber hecho el camino por devotio-nis affectu, voti vel pietatis causa, es decir, por la devoción, el voto o la piedad. Se concede sólo a quien peregrina hasta la tumba del apóstol, al menos los cien últimos kilómetros a pie y a caballo o doscientos en bicicleta. Los discapacitados deben llegar en silla de ruedas sin motor.

En el siglo IX, se entregaba una venera o concha de vieira que sólo podía adquirirse en Santiago. Más difíciles de falsificar fueron las cartas probatorias que se expedían en el siglo XIII en las que el Cabildo confirmaba que el portador había alcanzado la catedral compostelana. De ellas deriva la actual Compostela, un documento en latín que expide la Oficina del Peregrino de Santiago en nombre de la Iglesia. Existe un documento diferente para los que hacen el camino por motivos que no son religiosos.

Año Santo

Es un privilegio concedido por el papa Alejandro III en 1179 mediante la bula Regis Aeterna. En ella se otorga a la iglesia de Compostela la gracia del Jubileo, es decir, el perdón de todos los pecados a los fieles, cada vez que el veinticinco de julio, día de Santiago, coincide en domingo. Para obtener esta gracia los fieles deben viajar en Año Santo a Compostela mediante cualquier medio de locomoción, visitar la catedral, rezar una oración, confesarse y comulgar. La cadencia de los años jacobeos es 6-5-6-11 así que tras el de 2010 los siguientes se celebrarán en 2021, 2027 y 2032.



Peregrino

Etapa 1

De Somport a Jaca.

Belleza natural



La mitad del paisaje que envuelve al peregrino lo compone el cielo, uno distinto en cada estación. El camino de tierra parece el reflejo de la Vía Láctea que, plagada de estrellas, se enciende de noche en la bóveda celeste. Lejos de la contaminación lumínica de las ciudades, el Somport ofrece preciosos amaneceres que compiten en belleza con sus puntuales y anaranjados atardeceres. A las seis de la madrugada, es buena hora para comenzar etapa si se quiere asistir a la caída de la noche. Como telón de fondo, un horizonte de esculturales montañas.



Jaca a la sombra de la Peña Oroel

Atravesar el Pirineo ha sido siempre uno de los principales retos para los peregrinos. Desde Francia llegaban procedentes de diversos lugares y se juntaban en pasos como el de Somport, el Summus Portus. Caminaban por la vieja calzada romana que se convirtió, a partir del siglo XI, en una transitada ruta de peregrinación a Compostela. Cuando en el XVI dejaron de pasar los viajeros, siguió funcionando como vía comercial. Antaño era una extensa zona bella pero inhóspita azotada por temibles ventiscas. Hoy hay un albergue con vistas inolvidables en el que se puede dormir cómodamente antes de iniciar el tramo del Camino Francés por tierras aragonesas.

A 1.640 metros de altitud, el puerto de Somport marca la frontera entre Francia y España, entre los valles de Aspe y del Aragón. En medio de un conmovedor silencio, emocionan panorámicas espectaculares hacia ambas vertientes del Pirineo. Junto al puesto aduanero que ya no se utiliza, aupada sobre una pequeña roca, despidе al caminante una capilla blanca con la virgen del Pilar y una cruz de Santiago. El trazado empieza por la parte izquierda de la N-330. Un sencillo monolito a pie de carretera anuncia el paso del Camino Francés por Aragón. Quedan por delante ochocientos cincuenta y ocho kilómetros para llegar a Compostela, casi un centenar de ellos por territorio aragonés. Las flechas amarillas que marcan la ruta jacobea van a resultar de gran ayuda. Comparten protagonismo con las indicaciones blancas y rojas de la GR 65.3 y, en algún tramo, con las de la GR 11 que cruza el Pirineo de este a oeste, desde el Mediterráneo hasta el Atlántico.

Unas escuetas señales con indicaciones del GR 65.3 son el preámbulo de un baile de escalones cercados por una barandilla de madera. Las rodillas se ponen a prueba en una brusca y preciosa bajada por el monte. Según la época del año, la nieve o el barro que se forma después de la lluvia intensa convierten el terreno en una pista resbaladiza. Cuidado. (Éste es el trazado original pero los que prefieran uno más cómodo pueden tomar la carretera hasta Candanchú).

La senda que discurre por la ladera conduce hasta las ruinas del hospital de Santa Cristina. Hoy son un montón de piedras pero, en la Edad Media, componían uno de los grandes centros de acogida de caminantes. Así consta en un monolito con placas escritas en distintas lenguas. Terminó de levantarse en 1078 y vivió su mayor esplendor en los siglos XII y XIII, cuando llegó a tener varias delegaciones. En el Códice Calixtino, la guía del peregrino medieval, el clérigo Aymerich Picaud lo califica junto a los de Jerusalén y Roma como uno de los tres hospitales del mundo de extraordinaria utilidad.

En el hospital de Santa Cristina, el exhausto peregrino recibía cálida acogida, comida, agua y protección contra los bandoleiros. Justo en el lugar preciso, donde las ventiscas y la densa niebla hacían del viaje un auténtico infierno. Algunos salvaron aquí su vida, otros recibieron sepultura en un pequeño cementerio que se instaló junto a la capilla. Reconfortados en cuerpo y alma, los caminantes partían rumbo a Compostela o de vuelta a sus lejanos hogares.



Ruinas del Hospital de Santa Cristina

Dice la leyenda que dos caballeros franceses, Arnovio y Sineval, agotados tras superar las duras pendientes del valle de Aspe, cubiertos por la nieve y aterrorizados por los aullidos de los lobos invocaron a Santa Cristina: ora pro nobis y, en medio de la bruma, apareció una pequeña casa con su chimenea humeante. Allí encontraron calor, reposo y abundantes manjares que aliviaron sus males. Prometieron que, a su regreso de la tumba del apóstol, construirían un refugio para caminantes. Al em-

prender viaje al día siguiente vieron una blanca paloma con una cruz de oro en el pico que marcó unas líneas en la nieve en el punto donde deberían ubicarlo. La historia se extendió hasta lugares lejanos. Se recibieron muchas limosnas y, en vez de la modesta construcción que ellos habían calculado, levantaron una suntuosa que contó con las concesiones de Pedro I de Aragón y el conde Gastón IV de Bearn. Pedro I donó tierras y otorgó privilegios a los que dependían del monasterio. Alfonso I les dio las décimas de sus tierras en Arañones, un palacio en Canfranc, un molino, un horno y permitió a los de Santa Cristina que sus animales y los de los viajeros paciesen en los montes.

A 1.550 metros de altitud y regido por una comunidad de canónigos agustinianos, el hospital de Santa Cristina era un conjunto de edificios en torno a una iglesia románica. El monasterio tuvo casas y hospederías a lo largo de todos los trazados que conducían a Santiago. La crisis llegó en el siglo XVI con las guerras entre hugonotes y católicos que asolaron esta zona pirenaica y obligaron a los monjes a marcharse. En 1707, en medio de la guerra de Sucesión, un incendio devastador acabó con el esplendor del tercer hospital del mundo. Sus últimos coletazos de vida los dio como mesón para viajeros hasta que un ataque del ejército francés lo redujo a escombros, el 27 de octubre de 1808.

El itinerario histórico recuperado en 2009 conduce por la margen derecha del río Aragón hasta justo antes de Canfranc Estación, salvo alguna pequeña incursión por la izquierda como la que se produce en este punto, a la altura del puente de Escarné o de Santa Cristina. Está muy bien señalizado. El río Aragón va a ser fiel compañero del peregrino hasta la navarra Sangüesa. Nace como un fino surco de agua en un brillante espejo situado a 2.078 metros de altitud, el ibón de Escalar o de las Ranas. Es vecino del ibón de las Truchas. En estos lagos de alta montaña habitan la rana común, la bermeja y la pirenaica. También se puede encontrar una gran variedad de truchas, tritones, sapos y salamandras. Según la leyenda, el fondo está poblado por personajes mitológicos.

Para llegar a la cabecera del río Aragón hay que partir de la zona de Truchas de la encantadora estación de Astún coronada por La Raca y sus 2.284 metros de altitud. Cualquier época del año es buena. Se puede cubrir todo el recorrido a pie o la mayor parte en remonte y andar sólo la media hora final. En invierno, los más aventureros suelen elegir esquís o raquetas de nieve. En verano, se ven cada vez más amantes de las excursiones en todas sus versiones: senderismo, descenso de barrancos, rafting, BTT o escalada.

El rumor del Aragón acompaña en uno de los tramos más silenciosos y espectaculares, que invita al peregrino a viajar hacia el interior. Las formas preciosas de los ibones se pierden entre bosques frondosos y esponjosos pastos frecuentados por rebaños de vacas, ovejas y caballos. Los claros están salpicados por coloridas gencianas, orquídeas, lirios, martagón y edelweiss. Junto al río y en los arroyos, juegan vivarachos mirlos acuáticos y escurridizos tritones. Los más afortunados y madrugadores pueden encontrarse con alguna salamandra, marmota o sarrio. Por el cielo, alimoches, buitres leonados, águilas reales y quebrantahuesos.

La erosión se ha encargado de modelar un apacible paisaje en el que, a esta altura del camino, se cuelan las edificaciones de la estación de esquí de Candanchú, la más antigua de España. En 1928, llegaron los primeros esquiadores atraídos por la nieve que tantas complicaciones había acarreado en estos parajes hasta entonces. Una de las más bonitas y resguardada completamente del viento, ofrece propuestas tanto para expertos como debutantes. No todo el mundo se atreve con el Tubo de la Zapatilla o Loma Verde. Los esquís, tablas, raquetas y trineos del invierno dejan paso a otras aventuras, el resto del año. En verano, los amantes del paisaje disfrutan, por aire, a bordo de los telesillas y, por tierra, caminando o sobre la bicicleta. Cientos de propuestas para toda la familia en esta zona bien dotada de servicios hoteleros y hosteleros que incluyen guarderías para los más pequeños caminantes.

El peregrino deja el castillo de Candanchú a la derecha subido a un peñón aislado de 1.565 metros de altitud donde se levantó en el siglo XIII. Cumplió su misión defensiva y de cobro de impuestos aduaneros hasta bien entrado el siglo XVI. Hoy queda el rastro de la planta y el alzado de su muralla occidental. Enseguida aparece el puente de Castellar, más conocido como el del Ruso, muy próximo a la carretera.



Astún

A partir de aquí, las rocas calizas y areniscas complican la vida a los peregrinos que recorren el camino en BTT, que tienen la opción de continuar por el asfalto. Los demás deben seguir las señalizaciones que sugieren atravesar la carretera, el barranco de Rioseta y sumergirse en una senda algo abrupta que atraviesa un precioso bosque y pasa junto a algún que otro búnker. Durante media docena de años, soldados y prisioneros republicanos, por orden de Franco, perforaron cuevas y levantaron estas construcciones de hormigón camufladas en el paisaje. Formaban la Línea P que defendía la frontera de posibles invasiones francesas. Nunca se llegaron a utilizar pero hoy se han recuperado como refugios de emergencia que permiten al viajero resguardarse de las tormentas o tomarse un respiro a cubierto.

Se han hilvanado deliciosos tramos auténticos recuperados de la ruta jacobea en medio de vistas espectaculares al circo de Rioseta salteado por los picos del Águila, Lecherín, Aspe y Tuca Blanca. Todos ellos esbeltos, de entre 2.000 y 2.500 metros. Una lápida junto a la carretera recuerda a los militares que murieron sepultados por un alud en febrero de 1947 cuando volvían de unas maniobras.

La Canal Roya debe su nombre al color rojizo de las piedras que la cierran por el norte. Los árboles no desentonan porque por aquí abunda el pino silvestre y el royo con su corteza anaranjada. Al otro lado, asoma en Francia el impresionante pico Midi d'Ossau de origen volcánico. En las praderas, se sacian las vacas entre fresnos, chopos y plantas que desprenden agradables fragancias.

El Coll de Ladrones se levantó a finales del siglo XIX sobre otro más antiguo para defender este valle fronterizo. Mimetizados con el entorno se alzan dos edificios revestidos de piedra del país. Había horno de pan, cuadra, cisterna y una escalera interior de trescientos sesenta y cinco escalones que conducía hacia una galería secreta de huida. Excavadas en la roca, las defensas artilleras ocupan cuatro bocas orientadas al norte a las que hay que sumar el polvorín. Abandonado en 1961, ha recuperado su esplendor.



Carlina



Búnker en el valle del Aragón

Unas curiosas escaleras devuelven al peregrino a la aventura jacobea que continúa por el antiguo poblado de Arañones, hoy Canfranc Estación. Desde el puente de Roldán hay señalizadas dos posibilidades. La de la izquierda que discurre por el Paseo de los Melancólicos que es tranquilo y bellissimo, sobre todo, en otoño y se ajusta más al trazado original. Y la de la derecha que atraviesa el centro del pueblo y es perfecta para los que necesitan comprar algo. La iglesia de Canfranc Estación se levantó en 1969 y lleva la firma del arquitecto, urbanista y pintor, Miguel Fisac.

El camino original reposa bajo la gran estación internacional que se levantó para unir España y Francia por ferrocarril a través del Pirineo Central. Construida entre 1910 y 1925, es de corte modernista y aire palaciego y tiene tantas ventanas como días el año. Declarada Monumento Histórico Artístico, la hace especial su horizontalidad en medio de tanta verticalidad natural. Los materiales más modernos: hierro, cristal y acero sirvieron para modelar esta pieza coronada por el tradicional tejado de pizarra de la zona a prueba de nieves. Para levantarla, fue necesario desviar el curso del río Aragón. Con un fondo montañoso de película, en la época, la promocionaban argumentando que era "más grande que el Titanic". Inaugurada por Alfonso



Entorno de la estación de Canfranc

XIII, comenzó a funcionar en 1928. Catorce años antes, en medio de un paisaje sombrío y solitario, ya estaba construido el túnel ferroviario que vio pasar el tren hasta 1970. Ese año descarriló un mercancías en el puente de L'Estanguet y se desmoronó la comunicación por ferrocarril con Francia.

Los caminos vuelven a confluir justo a la salida de Canfranc Estación en el puente de Secrás. Enseguida entra en escena el moderno túnel carretero de Somport de ocho kilómetros que se estrenó en enero de 2003 para unir los valles de Canfranc y Aspe. La ruta jacobea pasa justo por delante de la boca del túnel así que los peregrinos tienen que ir con mucha precaución aquí y en los próximos quinientos metros. En este tramo, se vuelve a atravesar otro túnel camino de Jaca. A la salida el trazado desciende hasta el fondo del río Aragón.

De nuevo se ofrecen dos posibilidades. La de la derecha es menos recomendable a pesar de que sigue por el camino casi original y se asoma a la Torre de Fusileros que se levantó en el siglo XIX para prevenir posibles ataques. Se trata de una sorprendente construcción defensiva de planta elíptica impregnada de cierto aire medieval. Su cuidada silería, el foso, sus cuatro pisos y las galerías con aspilleras adornadas con arcos lo convierten en un edificio con encanto que hoy acoge interesantes exposiciones. La otra opción va por la orilla izquierda del río hasta el puente de Arriba de Canfranc Pueblo o Quemado. El trazado histórico jacobeo desapareció bajo la nacional 330 pero los peregrinos tienen ocasión de conocer el tradicional camino de las Porciocas o Porcieucas que se extiende entre bellos prados de hierba y pequeñas fincas que cultivaban los vecinos. El que elige este trazado se sumerge en el ambiente que se vivía en la ruta original. Disponían de una anchura parecida y el mismo tipo de empedrado.



Torre de fusileros

El entorno es maravilloso y eso obliga a abrir un paréntesis. Justo a la entrada de Canfranc Pueblo arranca la ascensión a través del bosque y el pasto hasta el ibón de Ip. Otra excursión recomendada es a la gruta helada de los Lecherines donde las estalactitas compiten en belleza con las estalagmitas y las columnas de hielo parecen sostener el techo de la pequeña cueva.



Iglesia de Canfranc Pueblo

A Canfranc se entra por el puente de Arriba, de origen medieval aunque remodelado en el siglo XX. Al pie de la Peña Collarada, cercado por espectaculares farallones calizos y barrancos encajonados, a 1.200 metros de altitud, se alza este pueblo-calle que nació en torno al viejo Camino de Francia. Se conservan algunos tramos históricos, recuerdos y bienes como la parroquial de la Asunción del siglo XVI que custodia cuatro bellos retablos barrocos en sus capillas laterales. Aupados sobre una roca quedan los restos del antiguo castillo ampliado por Tiburcio Spannocchi en 1592. Es el mismo ingeniero que levantó la torre de La Espelunca sobre el propio Camino de Santiago que discurría bajo el pasadizo abovedado de la construcción defensiva. También merecen una visita la torre de Aznar Palacín o el conjunto monumental de La Trinidad fundado por el comerciante Don Blasco de Les en el siglo XVI para atender a pobres y peregrinos. Lo que no tiene precio es poder encontrarse todavía con gallinas y gallos paseando por las calles.

El primitivo Canfranc cumplía las funciones de vigilancia, control fronterizo y aduanero. Era Campo de Francos, un lugar donde los pobladores no pagaban impuestos y se les perdonaban las deudas que tuvieran con la Justicia. A cambio, se ocupaban de la limpieza y mantenimiento de la ruta jacobea, ofrecían seguridad, alojamiento, comida y atención a los viajeros. El comercio se extendía a lo largo de la calle Albareda donde algunas casas conservan amplios ventanales que se utilizaban como escaparates. En 1944, Canfranc estuvo a punto de desaparecer devorado por un poderoso incendio. Quedan algunos rastros de los pendientes tejados de pizarra, las amplias portadas y los ventanales góticos que hacían único a Canfranc, un pueblo singular con su calle-camino de cuatrocientos metros de longitud. De Canfranc se sale cruzando el puente de Abajo, del Cementerio o de la Trinidad. Medieval, reconstruido en 1599, su silueta es una de las más preciadas del Camino de Santiago.

Hasta Villanúa, la villa nueva, los peregrinos tienen el honor de pisar uno de los tramos originales mejor conservados del

Camino de Santiago. Esta población también surgió en torno a la ruta jacobea. Pedro I la donó al monasterio de Santa Cruz de la Serós y luego a diversos señoríos. Sobre la gran roca del Castellón queda el recuerdo de una pequeña fortaleza medieval desde la que se defendía y protegía el trazado. Un poco más abajo rodeado de arbustos surge el dolmen y, siguiendo una pista pedregosa, aparece la famosa cueva de las Güixas. Ambos están resguardados bajo el flamante macizo de Collarada con sus

2.886 metros, al que las nieves pintan de blanco gran parte del año. En un radio de siete kilómetros, se puede disfrutar de otro par de dólmenes, los de Letranz y de las Tres Peñas o de las Diez Campanas. Estos parajes privilegiados exhiben sus huellas prehistóricas, invitan a practicar la espeleología y atrapan con sus leyendas. Dicen que en la cueva de las Güixas, las brujas celebraban sus aquelarres bajo la luna y las estrellas.

Un puente da la bienvenida a Villanúa. Da gusto detenerse ante las viviendas señoriales que exhiben sus escudos heráldicos, el antiguo ayuntamiento, la fuente de los cuatro caños o la iglesia parroquial que corta el cielo con sus líneas rectas. Dedicada a San Esteban, se levantó entre los siglos XII y XVIII con dos naves de distinto tamaño. La paz se disipa si el peregrino se encuentra en su camino al nostálgico y encantador canfranero arrastrándose por las viejas vías.



Cueva de las Güixas. Villanúa



Dolmen cerca de Villanúa

El camino limpio y restaurado pasa junto a la presa. Dicen que a esta altura había un puente de madera que quemaron las tropas francesas al final de la guerra de la Independencia. Antes de llegar al Centro de Interpretación de las Grutas, permanece el testimonio en piedra de lo que fue un hospital de peregrinos que acabó muriendo por la falta de uso. Como sugerencia, a la salida de Villanúa una pista invita a dar un agradable paseo de menos de una hora hasta la incomparable Fuente del Paco. Fuente, abrevadero, merendero y un pequeño refugio se pierden en medio de un bosque mixto de pinos, abetos y hayas maravilloso. En los atardeceres de otoño, conmueve asistir a la berrea de los ciervos. Se trata de un lugar de ensueño, el punto de encuentro ideal para excursionistas, buscadores de setas y cazadores.

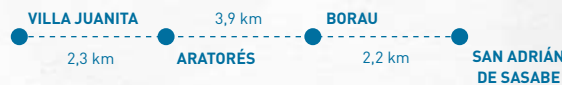
Al salir de Villanúa, en un área de descanso, sobresale un crucero que levantó la asociación Atades y enfrente se divisa el Señorío de Aruej, citado por primera vez en 1031. Su misión era defender la vía romana de los enemigos procedentes del norte. El señor de Aruej frente a hombres libres, con tierras y derechos reconocidos por la corona. Hoy es una imagen de postal con iglesia románica, varias casas solariegas y una torre fortificada.



Salida de Villanúa con Collarada de fondo

Desde Villanúa a Castiello, los Amigos del Camino de Santiago de Jaca recomiendan el andador que discurre junto a la carretera hasta el centro de recreo de Escolapios. En este punto se cruza la nacional y se afronta una pequeña subida que desemboca en Villa Juanita. El camino se asoma a una casa rural empedrada y continúa por una de las cabañeras trazadas por el ganado trashumante en su continuo peregrinar. Así se llega a Castiello que, en breve, estrenará albergue para peregrinos.

Excursión recomendada



Antes de entrar, una excursión recomendada. En Villa Juanita se abandona la ruta jacobea para tomar la empinada carretera que llega hasta Aratorés, aupado sobre un pequeño cerro y con

vistas inolvidables. Después aparece Borau, una villa que, en otro tiempo, tuvo gran notoriedad en temas agrícolas, ganaderos y forestales. Hoy destaca por su delicioso casco histórico con casas bien rehabilitadas, callejuelas estrechas, angostas y empedradas. Los tejados de losa y chimeneas típicas del Pirineo añaden aún más encanto a este conjunto al que hay que sumar la parroquial de estilo rural aragonés del siglo XVI. Paraíso para los amantes de los deportes de riesgo que se ven atraídos por las aguas puras y cristalinas del Aragón y sus afluentes y para los que buscan arte paisajístico o en piedra.

Por el sendero que discurre paralelo a la estrecha carretera que comunica con el valle de Aísa y remontando el río Lubierre, se llega al monasterio de San Adrián de Sasabe. En medio de un bonito paisaje se levantó, a finales del siglo XI, una joya que fue un importante centro monástico de la Edad Media y sede episcopal de Aragón. De estilo lombardo-jaqués, tras años enterrado en parte por los efectos de sus barrancos vecinos Calcón y Lupán, hoy queda una ermita que encierra entre sus muros miles de historias. Tan cerca del cielo recibieron sepultura tres obispos de Huesca y estuvo custodiado el Santo Grial, el cáliz que utilizó Jesús en la última cena.



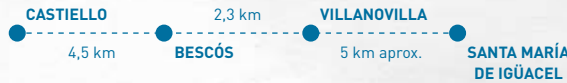
San Adrián de Sasabe

A Castiello se entra por la calle de Santiago. El camino atraviesa este lugar con nombre de castillo en el que sobresale la torre de la iglesia románica de San Miguel. Aquí se guarda uno de los mayores tesoros de la ruta jacobea, en la que Castiello tiene fama de ser el pueblo de las cien reliquias. Cuenta la leyenda que un peregrino cargado con un gran saco se disponía a seguir su ruta tras pasar la noche en este lugar cuando cayó muerto. Los vecinos acudieron a auxiliarlo y vieron con asombro cómo volvía a la vida. Hasta cuatro veces se repitió la historia, si se iba del pueblo moría y resucitaba cuando lo llevaban de vuelta. Fue entonces cuando contó que un anciano le había encargado transportar un saco a lo largo del Camino de Santiago, aunque éste fuese aumentando de peso. Tras lo ocurrido asumió que la

carga debía quedarse en Castiello. Al abrir el paquete aparecieron unas reliquias entre las que se nombran una astilla de la cruz en la que clavaron a Jesucristo y una espina de la corona que le colocaron. Se guardan en el altar mayor de la iglesia de San Miguel dentro de una arqueta de plata. La llave la custodia el alcalde y sólo se abre el primer domingo de julio para que todo el que lo desee pueda contemplarlas.

Junto a la parroquial, asoman los restos de la antigua fortaleza medieval antes de seguir por la calle de Santiago. Al lado de los antiguos lavaderos restaurados está la fuente de Casadioses, decorada con una concha. La mayoría de los peregrinos hacen un alto en este punto para refrescarse antes de seguir hasta la N-330. A la salida de Castiello, inmediatamente después de cruzar el puente sobre el río Aragón, la ruta sigue por la derecha y una pasarela diseñada en 2009 salva el cauce del río Ijuez, famoso por poner en aprietos antaño a muchos peregrinos. Siguiendo ese trazado se llega a Torrijos y de ahí Jaca y el descanso tras una dura jornada están a un paso.

Excursión recomendada



Si se continúa por la carretera, se atraviesa la vía del tren por un paso elevado que desemboca en la entrada al frondoso y fresco valle de La Garcipollera, antiguo vallis Cepollaria o valle de las Cebollas. Da la bienvenida la ermita de Santa Juliana y, desde allí, hay que caminar un par de horas para contemplar Santa María de Iguácel, arte en piedra. Una nave rectangular cubierta

de madera, ábside semicircular y unas preciosas pinturas murales son capaces de conmovir al visitante. Se levantó en 1072, fue monasterio femenino pero hoy es una ermita acogedora que invita a desviarse.



Exterior del ábside de Santa María de Iguácel

Los campos de labor y pastos de La Garcipollera se organizaban en bancales cuando Yosa, Bergosa, Larrosa y Acín estaban habitados. En Bescós, el Gobierno de Aragón tiene una de las principales fincas experimentales dedicadas a la ga-

nadería de montaña que existen en España. Hoy sólo hay vida allí y en Villanovilla que ha resurgido con fuerza y ofrece estancias acogedoras en su albergue y en diversas casas rurales. En toda la zona predomina una espesa vegetación fruto de las repoblaciones forestales de la segunda mitad del siglo XX. Pinos y chopos, robles, sauces, avellanos, cedros y manzanos componen un paisaje especial salpicado de moras, arándanos, acebo y boj. Ardillas, conejos, liebres, topos y sarrisos huyen al detectar cualquier presencia desconocida. Quebrantahuesos, águilas reales, ratoneros y milanos exhiben sus vuelos mientras, en esta reserva nacional de caza, los ciervos y jabalíes se han acostumbrado a las personas que se encuentran cuando bajan a beber las aguas cristalinas del río Ijuez.



Ermita de San Cristóbal, Jaca

La entrada a Jaca está rodeada de paz. El camino se aleja un momento de la carretera y recibe al viajero la ermita de San Cristóbal, en medio de la vegetación. Un sencillo edificio de factura popular levantado en 1796 en mampostería con cantoneras de piedra y rematado por una curiosa espadaña de ladrillo. Enfrente, una fuente de agua fresca y un banco acogen al peregrino mientras el santo, patrón de los caminantes, lo protege. Junto a ella, un puente medieval, también de San Cristóbal, construido para salvar el barranco de Rapitán y para comunicar la ruta jacobea que viene de Somport con la capital de la Jacetania.

Una cuesta seguida por unas escalerillas lleva al caminante hasta el Banco de la Salud, situado al comienzo del precioso paseo de la Cantera. Un bello rincón que, durante siglos, estuvo amparado por un enorme olmo que murió víctima de la grafiosis y tal vez de tanto repartir vitalidad. Dicen que los peregrinos se colocaban bajo su sombra y el Árbol de la Salud les devolvía las fuerzas consumidas a lo largo de la ruta jacobea. Sólo queda un crucero en el lugar en el que se alzaban una iglesia documentada en el siglo XII y el hospital de San Marcos, un centro extramuros en el que se atendía a los peregrinos con alguna pestilencia antes de entrar en la ciudad. Allí mismo, una señal de madera indica dos posibilidades.

Los que decidan seguir recto conocerán Jaca por dentro. Se toma el camino de San Marcos por la frondosa avenida de Francia hasta el cruce con la avenida de la Jacetania por la que se extendía la desaparecida muralla norte de la ciudad. Desde allí a la plaza de San Pedro para disfrutar de la catedral, calle Bellido, albergue jacobeo, la comercial calle Mayor y Sancho Ramírez hasta la plaza del Marqués de Lacadena. Calle Ferrenal, iglesia de Santiago donde se obtiene y sella la credencial, calle del Coso para salir por la avenida del Regimiento Galicia. Una senda de conchas de bronce en el suelo sirve para guiar al visitante en su recorrido por la ciudad.

La ruta de la derecha evita entrar al centro y sugiere tomar el paseo de la Cantera y el camino de Mocorones hasta la ermita de la Victoria, lugar de encuentro con los que entran a Jaca. Ambas propuestas merecen la pena.

El paseo de la Cantera es uno de los parques que rodean el perímetro de Jaca. Es una auténtica delicia perderse entre masas de boj, enebro y rosas silvestres. Resulta un placer encontrarse a alegres gorriones y petirrojos e incluso ardillas que juegueteen entre castaños de indias, pinos y arces. En las noches de verano, los autillos y los mirlos canturrean mientras algún murciélago revolotea tras los insectos que acuden a la luz de las farolas. De día los milanos reales vuelan bajo y los buitres planean en las corrientes de aire que se forman sobre el valle del río Aragón. El final del recorrido enlaza con el Rompeolas, un mirador del paseo de la Constitución con vistas privilegiadas a otro puente con ermita, el de San Miguel. Bajomedieval de tres ojos unía Jaca con el Camino de Santiago que discurría por la orilla derecha del río Aragón a su paso por Abay, Ascara y Javierregay. Un crucero señala el trayecto a los caminantes que eligen esa ruta. Es el marco perfecto para que puedan detenerse a rezar o descansar. Desde el mirador también se domina la Canal de Berdún que protagonizará los próximos días de caminata y las siluetas de pequeños pueblos de los de toda la vida como Guasillo, Asieso, Banaguás o Araguás del Solano que contrastan con la grandeza del pico Collarada al que el viajero ya conoce.



Paseo de la Cantera

En Jaca termina la primera etapa de la Vía Tolosana por tierras españolas. Aquí se encontraban los peregrinos del Somport con los que habían atravesado los Pirineos por el Portalet, el otro paso más al este, el que discurre cerca de la estación de esquí de Aramón Formigal.



Nave central de la catedral, Jaca

ondea una bandera blanca que se renueva cada tres de mayo y está llena de contenido. Símbolo del triunfo de la resurrección y de paz, algunos dicen que sirve para proteger a la ciudad de las tormentas y otros que se izaba en la Edad Media cuando Jaca gozaba de buena salud para darlo a conocer a los visitantes. Por aquí han pasado santos como San Francisco de Asís, reyes como Luis VII de Francia o Eduardo III de Inglaterra, nobles y millones de peregrinos anónimos. Durante muchos años, las campanas de la catedral han repicado gracias a unas largas cuerdas que tiraban de los badajos. Llegaban hasta un banco instalado en casa de los campaneros que todavía se encuentra dentro del templo. Desde una pequeña ventana, dominaban el altar mayor y así tocaban siempre en el momento justo.

La disposición de la catedral es una alegoría del viajero medieval que, movido por la fe, partía de su realidad hacia lo que quería alcanzar. En la Edad Media, los pecadores no podían entrar a la celebración de acción de gracias hasta que cumplieran la penitencia y recibieran la absolución. El peregrino tomaba conciencia de su condición en el pórtico de entrada. Entre arquivoltas y columnas ilustradas con capiteles labrados, se distribuían unos asientos de piedra en los que se exponían a la vista de todos como penitentes. El crismón trinitario del tímpano es una pieza clave de la ruta jacobea. Entre imágenes de osos, basilis-

cos y leones, narra que, una vez eliminado el mal, Dios protege al hombre. Bajo él hay una columna situada a la izquierda de la portada principal que presenta una profunda hendidura en el fuste. Hay quien dice que la han cavado los besos y caricias de tantos peregrinos. Aunque es menos poético, parece que se debe a la costumbre de los fieles de secar la mano a la salida tras mojarla con agua bendita.

Dentro de la catedral, las tres naves de cinco tramos cada una, el crucero y tres ábsides son el escenario perfecto para un baile de arcos de medio punto sobre pilares cruciformes y cilíndricos. Marcaron estilo también el ajedrezado jaqués y las bolas que alegran las basas de los sustentos interiores. En el ábside central, la capilla Mayor la decoró fray Manuel Bayeu, discípulo del genial Goya. En el ala oeste, destaca por su belleza la capilla de Santa Orosia.



Busto de Santa Orosia en Yebra de Basa

Orosia era una princesa de Aquitania a la que decapitó un grupo de musulmanes, en los montes de Yebra. Asesinaron a todo su séquito. Muchos años después un pastor llamado Guillem encontró el cuerpo incorrupto de la joven. Por donde pasaba con él, empezaban a sonar las campanas y las flores del campo exhalaban sus mejores aromas. En Yebra de Basa, se guardó la cabeza. Cada veinticinco de junio se revive ese momento en una

romería que comienza el día anterior con el rosario de los hombres y el revuelo de campanas. Desde la iglesia parroquial parte el recorrido hasta la ermita con el cráneo de la santa apoyado sobre un busto de plata del siglo XV. Los romeros combinan paradas y dances a lo largo de una emotiva ruta de santuarios. El color lo ponen los danzantes ataviados con sus vistosos trajes y sombreros de flores. Bailan el antiquísimo Dance de Santa Orosia, haciendo golpear sus palos de boj al son del chiflo y el salterio. En Jaca, donde yace el cuerpo, suenan el mismo día idénticos instrumentos durante la procesión en la que, entre bailes, los cofrades llevan a hombros la urna de plata que contiene las reliquias de la santa. El obispo las muestra junto a los mantos de Santa Orosia para su veneración. Luego se guardan en el centro del altar mayor de la catedral, entre los restos de



Chiflo y chibatón en la romería de Santa Orosia

donados así como elementos arquitectónicos y objetos de uso litúrgico cargados de historia. El museo echó a andar en 1963 y, tras varias remodelaciones, emociona contemplar la talla de madera policromada de la virgen de Iguácel de principios del siglo XII, los conjuntos murales de Bagüés, Ruesta y Navasa, del XI y XII, o el sarcófago de piedra de Sancho Ramírez, hijo natural de Ramiro I.

Hoy por la catedral pasan peregrinos guiados por la fe pero también por su amor al arte o la aventura. Además de sellar su credencial, reciben ánimos y bendiciones con la esperanza de que aquí descubran algo que cambie sus vidas.

Tras orar los peregrinos medievales salían por la puerta meridional, en la que los capiteles representan gratitud y alegría como se refleja en el de los músicos. Grabada sobre la piedra del muro permanece desde hace siglos la vara jaquesa, en la que comprobaban mercaderes y compradores que la medida que se utilizaba era justa. En la acogedora plaza que se abre ahí mismo se celebraba mercado todos los martes bajo los arcos.

Para atraer a habitantes y comerciantes, el rey Sancho Ramírez otorgó un fuero en 1077 que concedía privilegios a los nuevos pobladores, a los que se llamó francos, que llegasen a Jaca. No tenían que pagar tributos al rey y se les consideraba ciudadanos libres. Con ellos nació el Burnao o Burgo Nuevo, un barrio comercial que surgió extramuros, paralelo al Camino de Santiago y con clara vocación aperturista. En Jaca, llegó a haber hasta doce hospitales de peregrinos, albergues, iglesias que hoy no existen y artesanos de todo tipo. Dieciséis zapaterías, la

San Ildacio, discípulo del apóstol Santiago, y de San Félix y San Voto, fundadores del monasterio de San Juan de la Peña.

El claustro de la catedral lo llena de vida el Museo Diocesano, una de las colecciones de pintura mural medieval más importante del mundo. Algunos expertos lo califican como la capilla sixtina de la pintura románica. Es un privilegio poder ver reunidas las obras rescatadas de las iglesias de muchos pueblos abandonados así como elementos arquitectónicos y objetos de uso litúrgico cargados de historia. El museo echó a andar en 1963 y, tras varias remodelaciones, emociona contemplar la talla de madera policromada de la virgen de Iguácel de principios del siglo XII, los conjuntos murales de Bagüés, Ruesta y Navasa, del XI y XII, o el sarcófago de piedra de Sancho Ramírez, hijo natural de Ramiro I.

Hoy por la catedral pasan peregrinos guiados por la fe pero también por su amor al arte o la aventura. Además de sellar su credencial, reciben ánimos y bendiciones con la esperanza de que aquí descubran algo que cambie sus vidas.

Tras orar los peregrinos medievales salían por la puerta meridional, en la que los capiteles representan gratitud y alegría como se refleja en el de los músicos. Grabada sobre la piedra del muro permanece desde hace siglos la vara jaquesa, en la que comprobaban mercaderes y compradores que la medida que se utilizaba era justa. En la acogedora plaza que se abre ahí mismo se celebraba mercado todos los martes bajo los arcos.

Para atraer a habitantes y comerciantes, el rey Sancho Ramírez otorgó un fuero en 1077 que concedía privilegios a los nuevos pobladores, a los que se llamó francos, que llegasen a Jaca. No tenían que pagar tributos al rey y se les consideraba ciudadanos libres. Con ellos nació el Burnao o Burgo Nuevo, un barrio comercial que surgió extramuros, paralelo al Camino de Santiago y con clara vocación aperturista. En Jaca, llegó a haber hasta doce hospitales de peregrinos, albergues, iglesias que hoy no existen y artesanos de todo tipo. Dieciséis zapaterías, la

mayoría a lo largo de la calle Bellido, surtían a los viajeros de sandalias, botas y galochas cuando había barro. Jaca empezó a prosperar y llegó a acuñar moneda propia, el sueldo jaqués. Hubo tres casas de baños para que los peregrinos, vecinos y visitantes pudiesen asearse por turnos.



La Ciudadela de Jaca

El comendador Tiburcio Spannocchi eligió el Burnao para levantar la Ciudadela. A vista de pájaro, parece una estrella. Es un pentágono perfecto cercado por murallas, baluartes, fosos y otras fortificaciones. El castillo de San Pedro es una construcción castrense ordenada hacia 1592 por Felipe II para defender a Jaca de una posible invasión francesa. Pero, cosas de la historia, sólo entró en batalla durante la guerra de la Independencia cuando los españoles intentaban recuperarla tras la ocupación gala. Spannocchi diseñó una fortaleza con capacidad para una guarnición de cien hombres con todo lujo de detalles defensivos. Muros, escarpas, contraescarpas y baluartes artillados. Cruza el foso un puente de tres arcos más uno levadizo. Tras atravesar una puerta rematada por un escudo, se accede al interior donde impresionan la portada barroca de la iglesia del siglo XVIII y el patio de armas plagado de arcos. Dentro, hay una colección de más de treinta y dos mil figuras de plomo que se exhiben en veintitrés escenarios históricos. En caso de que no se pudiese entrar a Jaca porque estaba en cuarentena o si el peregrino llegaba tarde y encontraba las puertas cerradas, podía pernoctar en dos bodegas que hay en el interior de la Ciudadela y que dependían de la desaparecida iglesia de Santa María de Burnao. Fuera, el perímetro puede recorrerse por los glacios dando un paseo muy agradable y visitando a la familia de ciervos que vive en el foso, en el que dicen nunca hubo agua. Desde allí son estupendas las vistas hacia la Peña Oroel (1.769 metros) coronada por una cruz que se divisa a lo lejos. Una cumbre que va a acompañar un buen tramo al peregrino.

La ruta jacobea está siempre presente en la vida de Jaca. En el siglo XI, el barrio de Santiago estaba plagado de artesanos y comerciantes al servicio de los viajeros. Hoy, puntual, cada tarde a las ocho, se celebra una misa en la iglesia de Santiago en la que se imparte la bendición a los peregrinos. Es un templo de planta basilical que fue reconstruido en 1088 sobre uno anterior y posee una torre campanario con ventanas que miran al exterior. A principios del XVII, la iglesia románica estaba muy deteriorada y la restauró la orden dominica. Le otorgaron la doble advocación de Santiago y Santo Domingo y la reorientaron. La primitiva contaba con tres ábsides levantados hacia el este. Los dominicos cortarían los ábsides y abrirán en ese muro la puerta de entrada, tal como está hoy, situando el presbiterio en el extremo opuesto. El nuevo altar mayor mira hacia el oeste y la torre queda sobre el espacio de la cabecera. Todo eso para marcar el camino hacia la tumba del apóstol ubicada a ochocientos diecisiete kilómetros al oeste de Jaca.

A un paso, la orden dominica levantó su convento, en la actual calle del Coso. En la portada labró en piedra la paloma con la cruz en el pico y la leyenda Santa Cristina ora pro nobis, en recuerdo del hospital de Santa Cristina de Somport que los dominicos regentaron en 1613. Hoy ese escudo preside la entrada del colegio de las Hermanas de Santa Ana, quienes lo ocuparon en 1887.



Portada del convento de las dominicas de Jaca

En 1555 se trasladaron a Jaca las monjas del monasterio de Santa Cruz de la Serós y, para albergarlas, se levantó el monasterio de las Benedictinas, al final de la calle Mayor, adosado a un tramo de la antigua muralla. La iglesia subterránea de Santa María fue conocida como la de San Salvador y es una estancia cubierta con bóveda y decorada con pinturas románicas. La iglesia alta la cedió a las religiosas la cofradía de San Ginés en 1579. Sólo queda la portada románica porque se amplió en 1730. En su interior, se guarda el sarcófago de doña Sancha, hija del rey Ramiro I de Aragón. El sepulcro se trajo a Jaca desde Santa Cruz de la Serós en el siglo XVII. Es de piedra decorada en sus cuatro frentes con escenas de la vida de la difunta y la ascensión de su alma. Se considera la mejor pieza funeraria del románico aragonés.

Merece otra visita la parroquial del Carmen, construida por la orden Carmelita a mediados del siglo XVII. Con una mezcla de

gótico tardío y barroco, se levantó este templo de planta de cruz latina con portada manierista de piedra labrada. Dentro destacan el retablo mayor barroco y una talla de Santiago del siglo XVIII, procedente de la iglesia de Ruesta.



Retablo de la dormición de la virgen. Iglesia de Santiago, Jaca

Una poderosa escultura recuerda al primer rey de Aragón, Ramiro I, junto a la plaza del Marqués de Lacadena. A su lado, una espigada torre de piedra del siglo XV que ha resultado ser polifacética. Algunos la llaman Torre de la Cárcel porque custodió presos durante algún tiempo, otros Torre del Reloj ya que en lo alto se instaló el reloj de la ciudad. También ha sido Torre del Merino que era el representante del rey en Jaca, administraba sus rentas y recaudaba impuestos. Hoy es la sede de la Comunidad de Trabajo de los Pirineos.



Ramiro I en la Torre del Reloj, Jaca

La comarca de la Jacetania ofrece un sinfín de propuestas relacionadas con turismo, deporte, cultura y gastronomía que la convierten en un destino irresistible para todos los públicos. Los campeones universitarios de los deportes de invierno se dieron cita en Jaca durante las universiadas de 1981 y 1995. En 2007, se celebró el Festival Olímpico de la Juventud Europea. En verano, muchos estudiantes acuden a la llamada de la

Universidad de Zaragoza que promueve cursos en la ciudad jaquesa, en Echo y Ansó. Ya se ha convertido en tradicional también la Academia Europea de Jaca que organiza el Real Instituto de Estudios Europeos de Zaragoza. El Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) tiene aquí una sede en el Instituto Pirenaico de Ecología. Desde 1948, realiza estudios sobre la ecología y la vida tradicional agrícola y ganadera del Pirineo que son conocidos en el mundo entero. El Festival PIR de música y cultura pirenaicas se celebra en preciosos lugares como Aragüés del Puerto, Jasa, Echo o Ansó. El Festival Internacional en el Camino de Santiago ofrece un interesante repertorio de música antigua que abarca desde la Edad Media hasta la época barroca. En los años impares todo el mundo mira a la ciudad jaquesa, al Festival Folklórico de los Pirineos. Un torrente de culturas unidas por el folklore y por el respeto al prójimo.



Grupo folklórico en los festivales de Jaca










El albergue municipal de peregrinos está en la calle conde Aznar, en pleno centro del casco antiguo. Instalado en el antiguo hospital, tiene fama de acogedor y tranquilo. Hay varios albergues más entre los que se encuentran el de las Escuelas Pías regido por los Padres Escolapios.

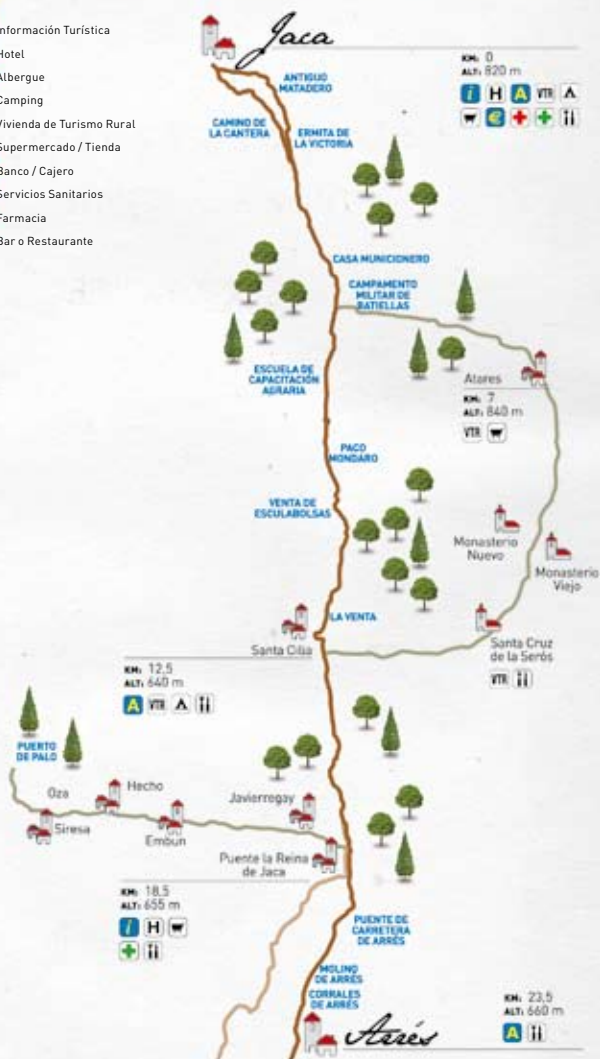
Toda la ciudad se domina desde el monte Rapitán al que se accede por una sinuosa y estrecha carretera. En la cumbre vigila el fuerte de Rapitán desde el siglo XIX. Levantado a la vez que el de Coll de Ladrones en Canfranc, fue todo un reto salvar la difícil orografía del terreno. Fabricaron un extenso y pesado cable de cáñamo para poder subir los cañones por semejante trazado. Los muros de esta fortaleza todavía recuerdan la muerte de decenas de republicanos fusilados los primeros días de la guerra Civil. Hoy Jaca está llena de vida.

Etapa 2

De Jaca a Arrés.

Cambio de paisaje

-  Información Turística
-  Hotel
-  Albergue
-  Camping
-  Vivienda de Turismo Rural
-  Supermercado / Tienda
-  Banco / Cajero
-  Servicios Sanitarios
-  Farmacia
-  Bar o Restaurante



Jaca amanece en silencio. Antaño, el peregrino salía de la ciudad por la ya desaparecida Puerta de los Baños, tomando el Camino Real a Navarra. Antes de partir conviene sacar dinero para los próximos tres días porque los cajeros brillan por su ausencia hasta Sangüesa. Desde el refugio, se puede ir por la calle Mayor hasta el final, cruzar de acera y seguir a mano izquierda por las avenidas del Primer Viernes de Mayo y Regimiento Galicia para llegar a la N-240. Después de superar la gasolinera, se cruza para continuar por la izquierda de la nacional junto al antiguo matadero municipal. Unas oportunas flechas amarillas guían al peregrino hasta un andador delimitado por agradables plantas aromáticas y pequeños arbustos. Cuando termina, nace una senda próxima a la carretera que conduce hasta el cementerio y la ermita de la Victoria. Un sencillo edificio del siglo XIX levantado sobre un templo del XIII que fue pasto de las llamas durante la guerra de la Independencia. Estaba dedicado a Nuestra Señora de Mocarones. Así se llamaba esa explanada en la que, según la tradición, los bravos jaqueses y jaquesas vencieron a los invasores árabes en el año 761. Hoy se rememora esa gesta cada Primer Viernes de Mayo. La intensa jornada comienza almorzando todos juntos de madrugada costillas, longaniza, migas y huevos. De postre, torta y vino. Luego un desfile de cristianos, artesanos y labradores ataviados con vistosos sombreros de flores, al son de los trabucos, acompaña al conde Aznar en su entrada triunfal a caballo a la ciudad. A mediodía, se entona ante la fachada plateresca del ayuntamiento el himno de Jaca. Puede la emoción sobre la entonación.



Hay que cruzar con cuidado para tomar una cabañera que desciende entre frescas arboledas y sencillas casas pobladas de historias. Es un gusto avanzar a la vista de cuidados huertos y jardines repletos de frutales y flores de colores. Tras un kilómetro y medio toca atravesar de nuevo la carretera para llegar a un puente peatonal sobre el río Gas que permite alcanzar la Casa del Municionero. A un paso, Las Batiellas, un campo de maniobras militares. Más adelante, en Santa Cilia, espera un magnífico albergue.

Antes un inciso. A sólo veintidós kilómetros de Jaca, se encuentra el magnífico monasterio de San Juan de la Peña. Desde la capital de la Jacetania no hay autobús. Lo más recomendable para no perderse es tomar un taxi o seguir la dirección que se marca en torno a la N-240 Jaca-Pamplona para ir por Escualabsas. En este punto hubo un hospital de peregrinos y una venta que atendía a los viajeros.

¿Cómo llegar andando? Siguiendo el Camino de Santiago, a once kilómetros de Jaca, pasado el Hotel Aragón, se toma una carretera que sale a la izquierda y conduce hasta Santa Cruz de la Serós. Desde ahí a San Juan de la Peña se abren dos opciones: seguir el asfalto sin entrar a Santa Cruz o llegar hasta la iglesia de Santa María. Enfrente de este templo parte el camino de El Escalar que conduce hasta el Monasterio Viejo.

Existe un trazado directo que pasa por Atarés pero se desaconseja totalmente porque es precioso y tranquilo pero muy duro y complicado. Muchos se pierden. Lo mejor es ir en coche por la carretera o disfrutar las intrincadas sendas sólo sobre el papel.

Excursión recomendada

*EXCURSIÓN DIFÍCIL SI SE REALIZA A PIE



Cada pisada sobre el sendero es un paso adelante hacia los orígenes. Atarés es un pueblo hospitalario y bien cuidado plagado de encantos naturales. Los tejados de losa aparecen de repente coronando las casas empedradas, incluso el horno de leña rebosa encanto. Los restos del castillo sirvieron para levantar la torre de la iglesia parroquial de San Julián, en el siglo XVII. La leyenda cuenta que San Julián era un cazador al que una presa le reveló que acabaría matando a sus padres. Para que eso no ocurriese, huyó a un reino lejano donde se casó con la heredera real. Cuando los padres se enteraron fueron hasta su casa y su nuera les cedió su habitación y su cama. Al regresar Julián, se cumplió la terrible profecía. Arrepentido, pasó el resto de su vida como hospitalero, ayudando a los peregrinos a cruzar un vado peligroso. Una curiosa escultura en la iglesia de Atarés retrata al santo empuñando una escopeta. Recientemente, ha aparecido también una talla en madera de la virgen, datada en el siglo XII.

Bienvenidos a un lugar tranquilo y puro en el que sus treinta y cinco vecinos se reúnen cada sábado para cenar. El agua de su fuente permite refrescarse al viajero y reponer la cantimplora antes de seguir camino por la calle de la plaza que lleva hasta el barranco de Atarés. La historia lo cataloga como uno de los asentamientos más meridionales de Aragón cuando era un condado a principios del siglo IX. De esta villa era el ermitaño que aparece en la leyenda sobre el origen de San Juan de la Peña.



San Julián en Atarés

Por detrás del peregrino, se recorta la silueta de la Peña Oroel sobre el cielo. Esta cumbre que lleva por nombre el del conde carolingio Oriol adorna el paisaje de muchos pueblos de la Jacetania. En todos los casos, atrapa con sus colores rojizos, amarillos, azulados o blancos, según el momento del día y la estación del año. Dicen que la Reconquista en Aragón comenzó cuando unas hogueras en su cumbre así lo indicaron, hay quien cree que es mágica por ser el tercer vértice de un triángulo con San Adrián de Sasabe y San Juan de la Peña. Otros aseguran que, en sus entrañas, hubo una mina o un tesoro y que Oroel viene de oro. Es bonita de lejos y de cerca. Los escarpes de conglomerado asoman entre bosques de pinos, abetos, hayas y encinas.



Jaca junto a la Peña Oroel

Tras casi dos horas de agradable ascensión se alcanza la gran cruz que corona la cima. Pero eso es otra excursión aparte. En el horizonte se cuelean la Peña Forca, Bisaurín, Aspe, Collarada, Telera y Tendeñera. Unos metros más abajo, espera resguardada en una oquedad la ermita de la Virgen de la Cueva a la que se sube en romería a finales de mayo.

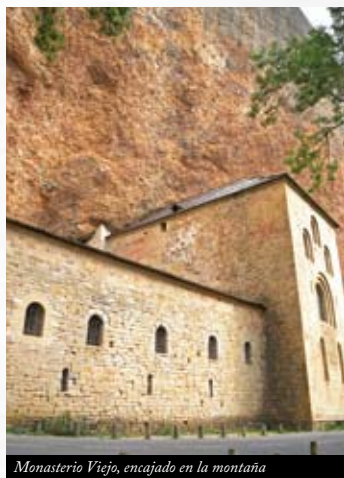
Entre tupidos bosques de pino silvestre, encina, quejigo y boj, las setas abundan en una zona muy acogedora para jabalíes, zorros, ginetas y corzos. Por el cielo, buitres leonados y quebrantahuesos.



Fachada principal del Monasterio Nuevo

En la pradera de San Indalecio, aparece el Monasterio Nuevo, un gran edificio de ladrillo y madera de finales del siglo XVII. Tuvo que construirse tras los daños que le ocasionaron al Monasterio Viejo la humedad, que causaba dolorosas enfermedades articulatorias a los monjes, las heladas y un terrible incendio que se desató en 1675. El diseño

del edificio es uno de los más evolucionados de la arquitectura monástica en la Edad Moderna por su simetría y la organización de los espacios. Es un conjunto barroco ordenado en un gran rectángulo centrado en dos claustros interiores y en un amplio patio de honor exterior. A él se abrían la iglesia, la portería y la casa del Abad donde se instaló una moderna hospedería que invita a sumergirse en el descanso más absoluto. La iglesia de San Juan destaca con sus tres naves, media docena de capillas y una gran portada de piedra enmarcada por dos torres laterales y coronada con un frontón triangular. Una pequeña muralla de ladrillo reforzada protegía todo el conjunto. Antes de salir, hoy se puede viajar en el tiempo a bordo de los Centros de Interpretación del Monasterio y del Reino de Aragón.



Monasterio Viejo, encajado en la montaña

A sólo diez minutos, se encuentra lo que queda del Monasterio Viejo que comenzó a construirse bajo una imponente peña en el siglo X. Sancho el Mayor lo refundó con la regla benedictina en el primer tercio del siglo XI. De su antigua extensión quedan sólo dos plantas a las que se accede a partir de un vestíbulo cuadrangular desde el que se puede bajar al primitivo cenobio mozárabe o subir a la parte románica.

Unos pocos escalones conducen a la planta baja, la parte más antigua, en la que se puede visitar la sala del concilio o dormitorio de los monjes. Se trata de una amplia habitación dividida en cuatro tramos por arcos de medio punto apoyados sobre pilares cruciformes, cubierta por bóvedas de cañón y con una escasa iluminación natural. Las leyendas populares de la zona sitúan en uno de sus rincones la tortura de la gota, esa que caía rítmicamente al reo en la frente sin que éste pudiese moverse, ni dormir, ni beber. En esa misma planta, está la primitiva iglesia prerrománica de los santos Julián y Basilisa fundada en el año 920. Consta de dos naves iguales separadas por arcos de herradura que se sostienen en una pequeña columna. En las capillas absidiales, quedan restos de pinturas románicas al fresco con influencias bizantinas. Unas escaleras empalman la iglesia mozárabe con la ampliación por el norte que se realizó en el siglo XI para poder levantar el templo superior. Dos testimoniales ventanales iluminan esta zona que se convierte en panteón abacial con cinco laudas sepulcrales.



Dormitorio de monjes en el Monasterio Viejo

Desde el vestíbulo de la entrada, una ancha escalera conduce a la planta superior, al conjunto románico que se comenzó a construir en tiempos de Sancho Ramírez, en la segunda mitad del siglo XI. La escalera desemboca en un atrio cuadrado sin cubrir en el que se halla el panteón de los nobles donde reposa el conde de Aranda. Es uno de los más completos de su género con sus hileras de sepulcros con arquivoltas, una variada decoración plagada de simbolismo en las lápidas y una valiosa colección de memorias necrológicas. En el muro norte, se abren las estancias que configuraban la vivienda del abad. También se accede a las antiguas cocinas y hornos junto a los que se encuentra la zona de la necrópolis real. Ramiro I, el primer rey de Aragón, eligió el monasterio como panteón real y allí yacen sus restos y los de sus sucesores Sancho Ramírez y Pedro I.

En esa misma planta se halla la iglesia de San Juan, también conocida como Alta por estar edificada sobre la antigua mozárabe. Está formada por una sola nave que se va estrechando hacia los pies, coronada por tres ábsides pegados a la roca que

sirve en parte de cubierta. Desde este punto se accede a la antigua sacristía convertida en panteón real por orden de Carlos III. Aquí fueron enterrados los reyes de Aragón y Navarra durante quinientos años. La decoración actual es del siglo XVIII.



Maite, la hospitalera de Santa Cilia

Volviendo a la iglesia se puede seguir la visita por el claustro románico del siglo XII, el único del mundo cobijado bajo una roca que se convierte en preciosa bóveda natural. Sus arcos sin cubrir y la expresividad de sus capiteles que narran historia en piedra lo convirtió en un lugar privilegiado de oración para los monjes cluniacenses. Los capite-

les cuentan la creación de Eva, la tentación de Adán y la expulsión del paraíso, el ciclo de la infancia y de la vida pública de Jesús, hablan del Bautista y presentan aves fantásticas maravillosas. En el lado sur del claustro, espera la armoniosa y delicada capilla de San Victorián de estilo gótico flamígero con una portada maravillosa. En el ángulo opuesto del claustro, se abre

la capilla de los santos Voto y Félix de estilo neoclásico, la última construcción que se añade al monasterio románico. Estas piedras han sido testigos del nacimiento del Reino de Aragón y del paso del Santo Grial. Dice la tradición que el cáliz en el que Cristo bebió en la última cena lo trajo de Roma San Lorenzo. Las horas bajas llegaron con la guerra de la Independencia y la desamortización. Hoy este monumento nacional destaca entre la roca y maravilla a todo el que se acerca a conocerlo.

Cuenta la leyenda que un joven llamado Voto vino a cazar por estas tierras y, cuando corría tras un ciervo, se despeñó por un barranco en el monte Pano. Se encomendó a San Juan Bautista y, milagrosamente, su caballo se posó en el suelo suavemente. Justo ahí, en una cueva, descubrió una ermita dedicada al santo y dentro estaba el cadáver del ermitaño Juan de Atarés. Fue a Zaragoza, vendió todos sus bienes y se retiró a la cueva junto a su hermano Félix para continuar la labor de su predecesor. La capilla se fue dando a conocer y se convirtió en lugar de retiro y oración. Así nació San Juan de la Peña.

Parece mentira que en medio del apretado bosque haya tanta riqueza artística pero esto es sólo el principio. Muy cerca, en Santa Cruz de la Serós, espera su imponente monasterio femenino. No sólo es bello, sus muros encierran miles de historias. Tras ellos vivieron las tres hijas de Ramiro I: doña Urraca,



Claustro del Monasterio Viejo



Recuerdos de los peregrinos

doña Teresa y doña Sancha. Su sarcófago fue trasladado a la iglesia de las benedictinas de Jaca. Queda la iglesia de Santa María que enamora con su torre de cuatro cuerpos, su crucero de cúpula octogonal y la portada con crismón e inscripciones muy similar a la de la catedral de Jaca. En el interior, hay una imagen de Cristo crucificado a la izquierda del altar mayor, delante de una hornacina de piedra policromada en la que se representa el ciclo del camino: el sol, la luna, las estrellas y una gran concha en lo alto. Emociona.

La otra joya románica que espera a la salida del pueblo es la iglesia de San Caprasio decorada con arquillos ciegos y pilastras adosadas al grueso muro. En otro tiempo, perteneció a San Juan de la Peña. En Santa Cruz de la Serós, se puede disfrutar de una cuidada arquitectura popular rematada con fabulosas chimeneas adornadas con espantabrujas. De eso y de una tostada de ajo, jamón o unos huevos fritos que levantan el ánimo a cualquiera. Por aquí no hay refugio pero sí casas rurales y mucha gente amable acostumbrada a ser hospitalaria con los peregrinos. No obstante, sólo quedan unos kilómetros para llegar a Santa Cilia donde tiene sus puertas siempre abiertas un acogedor albergue.



Pozo junto a San Caprasio, al fondo Santa María



Santa Cilia-Arrés

Para retomar el Camino de Santiago hay que volver a la N-240, a la altura del Hotel Aragón. Siguiendo en línea recta se llega hasta Santa Cilia, población que también debió estar ligada en el pasado al monasterio de San Juan de la Peña. Hoy adornan el cielo parapentes y avionetas con base en el aeródromo de esta localidad que se llama como la patrona de los músicos Santa Cecilia, Cilia en aragonés. Se trata de una perfecta cuadrícula de calles en la que destacan el puente sobre el río Aragón que cobraba peaje a los pastores de los rebaños trashumantes y la parroquial de San Salvador que se levantó en el siglo XVIII sobre una construcción anterior. Su torre cuadrada se alza por encima de cinco edificios comunicados por un patio interior que componen el palacio-priorato de Santa Cecilia. Aquí vivían monjes que explotaban un molino y recibían los diezmos y rentas de las posesiones que el monasterio de San Juan de la Peña tenía en la Canal de Berdún. Este palacio del siglo XV presume de detalles como su portálón con el escudo de San Juan de la Peña, una preciosa ventana gótica geminada o una original chimenea que recuerda a una cara.



Atardecer desde la ribera del Aragón, Santa Cilia

Casonas con sabor medieval y llamativas portadas compiten en belleza con sencillas casas empedradas adornadas con balcones y ventanas floridas que invitan a un agradable paseo. El olor de la panadería atrae a estómagos hambrientos que sucumben al placer de degustar un delicioso pan, torta o magdalenas caseras. Semejantes manjares se pueden regar con agua fresca de la fuente o realizando una parada técnica en el bar. El albergue aguarda siempre dispuesto con su recepción y la zona de dormitorios. En la planta superior, un gran salón con un enorme tablero de la oca pintado en la pared y un casillero que recoge por escrito los sentimientos de los viajeros. Algunos aseguran que el juego de la oca es la guía simbólica y encrip-

tada del Camino de Santiago. Maite, la hospitalera dedica su vida a atender a los que pasan, se enorgullece cuando alguno le dice que lo ha cuidado mejor que su propia madre. El más joven que se ha alojado en el albergue fue un bebé alemán encantador de seis meses. Hay quien llega a pie, otros a caballo o en burro, todos con ganas de hablar después de caminar en silencio. Maite cuenta con el apoyo de todos los vecinos unidos por una misma virtud: la hospitalidad.



Mensajes de peregrinos

Unos diez kilómetros separan Santa Cilia de Arrés. En tiempo, algo menos de tres horas. En 2009, se empezó a recuperar un tramo de camino histórico de piedra casi intacto y con muros laterales sobre el río para eliminar el asfalto hasta Puente la Reina de Jaca. Hasta que esté listo hay que continuar en dirección Pamplona por la derecha, sobre una cabañera pegada a la frecuentada carretera. En esos casos, lo mejor es centrarse en el viaje hacia el interior para evadirse del mundanal ruido. Eso o entretenerse contemplando a los buitres que sobrevuelan los muladares, los pajarillos que mucho más abajo regalan sus cantarinas voces o las frágiles mariposas. Todo eso sin quitar ojo a las flechas amarillas que indican el trazado y han pintado los amigos del Camino de Santiago sobre troncos, piedras o directamente en el suelo.

Antes de llegar al camping se atraviesa un puente a la izquierda de la carretera y se supera un estrecho andador de kilómetro y medio. De nuevo se cruza a la derecha para sumergirse en un agradable bosque en el que el peregrino disfruta de la sombra, el aire limpio y los paisajes que le regala la naturaleza. El viajero tiene la oportunidad de dejar constancia de su paso. Piedra sobre piedra, de forma espontánea, los caminantes han



Llano de los Mojones. Puente la Reina

ido construyendo bellos montones escultóricos que desafían a la gravedad y a los niños que pasan de vez en cuando. Es el testimonio de que el camino se forja pisada a pisada. Tras este bonito tramo asoma, entre matorrales, un gran puente de arcos sobre el río Aragón que da nombre a la localidad de Puente la Reina de Jaca. Para seguir hasta Arrés hay que tomar un desvío antes de cruzar el puente. Cuidado con los camiones. Sólo hay que meterse en Puente la Reina si se quiere disfrutar de los servicios que presta o internarse en el valle de Echo para conocer el monasterio de Siresa. Eso altera los planes porque supone una excursión de alrededor de treinta kilómetros sólo de ida. Se quiere recuperar un precioso ramal que desembarcará en el monasterio de Leyre.

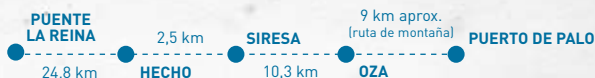


Puente la Reina

Astorito, hoy Puente la Reina, fue una importante villa medieval que, igual que Bailo y Jaca, sirvió de residencia ocasional para la corte itinerante del siglo XI. Junto al moderno puente quedan restos de otro medieval que se construyó sobre uno romano cuando la familia real aragonesa impulsó la reparación y creación de vías e infraestructuras. Transeúntes, caballerías y ganados debían pagar las rentas del pontaje, un peaje que se cobraba en los puentes a los que los atravesaban. La reina a la que se refiere el nombre de este pueblo debió ser Felicia de Roucy, la segunda mujer de Sancho Ramírez. Su dote incluía las sedes reales de Bailo y Astorito con su valioso puente. Es el lugar ideal para reponer fuerzas en uno de sus mesones. No se sabe cuál fue la ubicación exacta de Astorito pero se cree que se des pobló en el siglo XV. En el XX, nació la actual Puente la Reina que sigue siendo lugar de encuentro y cruce de caminos. Antaño aquí confluían los peregrinos que venían desde Jaca, Siresa y Zaragoza-Bailo. Hoy sigue siendo una encrucijada en la que se juntan las carreteras de Jaca-Pamplona, la que va a Ayerbe y la que se dirige a los valles más occidentales del Pirineo Aragonés, los más verdes y frescos. De allí proceden las aguas del Aragón Subordán que se funden con las del Aragón en Puente la Reina.

Excursión recomendada

*EXCURSIÓN RECOMENDADA A PIE O EN COCHE



La fresca del valle de Echo y Siresa



Boca del Infierno. Entrada a la Selva de Oza

En Puente la Reina de Jaca, nace una carretera que remonta el valle de Echo, siguiendo el trazado de las aguas del Aragón Subordán. Sale al encuentro del visitante Javierregay, después Embún y quedan por delante la autenticidad de Aragüés del Puerto, Jasa, Urdués, Echo, Ansó y Siresa.

Son pueblos empedrados de recia arquitectura y gente noble. Sus habitantes se dedican a las labores tradicionales, herederos de una historia y de las costumbres de unos lugares donde la naturaleza manda y el hombre acata. Y eso es así desde que los prehistóricos construyeron monumentos megalíticos como los más de doscientos círculos de piedras que ocupan la Corona de los Muertos, en la Selva de Oza. Invitan a perderse los bosques de pinos y abetos frecuentados por especies como el treparriscos, la perdiz nival, el armiño o rapaces como el azor y el gavilán. Perfectas para fundirse con la naturaleza, las pistas de esquí de fondo de Lizara donde también se puede escalar en hielo. Más aventura en Linza y Gabardito o practicando esquí de travesía por el Bozo, el Foratón o el flamante Bisaurín con sus 2.688 metros. En la alta planicie del Llano de Lizara, el río Osia se precipita en la cascada de la Chorrotta y surca una tierra de hallazgos prehistóricos. En los senderos conducen por el valle de los Sarrios a los lagos de Cantal y al ibón de Estanés.

La piedra enamora en el casco urbano de Echo y en sus alrededores. Imponentes fachadas con todo tipo de detalles ofre-

cen generosas balconadas con vistas inolvidables. El castillo de Acher es una caprichosa formación geológica que parece una fortaleza rodeada de murallas rocosas sobre faldas de un llamativo color rojo. Los vecinos todavía hablan en cheso y miran su música, sus bailes y los trajes de antaño. Lo mismo que en Ansó donde hasta hace unos años algunos todavía los usaban como indumentaria habitual. El último domingo de agosto celebran la Exaltación del Traje Ansotano. Tan típico como los tejados rojos coronados por chamineras, chimeneas que alcanzan los cuatro metros de altura en un reto contra la ley de la gravedad.



Casco urbano de Echo

La Peña Forca enmarca Siresa donde se alza paciente el monasterio de San Pedro. Un lugar en el que se atendía exquisitamente a los peregrinos, según dijo San Eulogio, en el año 848. La iglesia que se conserva se levantó en el XI y se reformó un par de centurias más tarde. Tras estos sólidos muros llegaron a convivir ciento cincuenta monjes guiados por la caridad, la humildad y la magnanimidad. La fama de su biblioteca traspasó fronteras. En este cenobio, fue bautizado y educado Alfonso I el Batallador. Durante la visita, conviene fijarse en la planta de cruz latina, en su ábside semicircular y abovedado y el crucero de tres tramos. Tan austero es este monumento nacional que su única decoración se reduce a un cordón achafanado y arcos ciegos. En su interior, hay unos interesantes retablos del siglo XV y un



Joven ansotana

bello Cristo crucificado del XVIII. Cuenta la leyenda que por San Pedro de Siresa pasó también el Santo Grial. La vista del monasterio iluminado por la noche con las estrellas pululando por el cielo conmueve.



Espectáculo líquido en Agua Tuerta

El paisaje desde cualquier punto es inigualable. La Boca del Infierno estrecha y oscura es el paraíso para los amantes del riesgo. La Selva de Oza exhibe con frescura sus abetos y hayas que, en Guarrinza, ceden todo el protagonismo al barranco de Acherito que desciende del impresionante ibón. Siguiendo el camino se accede hasta Aguas

Tuertas que presume de dolmen y de ver nacer al retorcido Aragón Subordán, en la cara norte de la sierra Bernera. El agua forma caprichosos meandros, como si no quisiera marcharse. Todas estas bellezas pertenecen al Parque Natural de los Valles de la Jacetania.

Estas tierras fueron claves en la formación del Reino de Aragón, además se convirtieron en el paso más importante a través del Pirineo hasta finales del siglo X. Los peregrinos atravesaban el Puerto de Palo, a 1.940 metros de altitud, siguiendo la calzada romana que unía el Bearn francés con Zaragoza. Recorrían el valle y, en Puente la Reina de Jaca, giraban para continuar hacia territorio navarro.



Destina Arrés

Rebobinando, antes de la escapada por el valle de Echo, los pasos se habían detenido a las puertas de Puente la Reina. Sin atravesar el puente, se continúa recto por la carretera de Huesca, la N-240, y, a unos 400 metros, se toma un desvío



Hospitaleros en Arrés, voluntarios

hacia la derecha para seguir en dirección Arrés durante tres duros e incómodos kilómetros. Queda menos de una hora de camino por una senda auténtica, solitaria y con pocas sombras que dibujan figuras caprichosas sobre el árido suelo. Los días de sol, esta parte del trazado exige ir muy bien hidratado y protegido.

Arrés fue villa real y perteneció a la dote de la reina Ermesinda. Aupado sobre una cresta rocosa del monte Cerbero, desde los restos del castillo se dominan el Bailés y la Canal de Berdún. Las vistas impresionan a los recién llegados. Junto al castillo, en el siglo XVI, se alzó la parroquia de Santa Águeda y se reconstruyó la fortificación empleando modelos tardo-góticos. En la orilla del Camino de Santiago, ubicaron un molino harinero y el monasteriolo de Santa Columba en el siglo X. Algunos vecinos ejercían de monjes, campesinos, atendían a peregrinos y necesitados. En el siglo XI pasó a ser propiedad del monasterio de Leyre y lo transformaron en un pequeño centro de acogida para viajeros.



Puerto de Palo

Hoy el albergue, tras su recia fachada de piedra, encierra un interior cálido y acogedor que invita al descanso y a la conversación reposada. Abrió sus puertas gracias a la ayuda de voluntarios que trabajaron en la rehabilitación de la antigua casa de los maestros cedida por el ayuntamiento de Bailo. Lo atienden, en invierno, el personal de la fonda y, de mayo a octubre, voluntarios venidos de distintos puntos de Europa comprometidos con el Camino de Santiago. Sin horarios, con comidas caseras en la fonda a cualquier hora, este albergue funciona con donativos voluntarios gracias a la Federación de Asociaciones del Camino.

El peregrino en Arrés se siente como en casa. Es cierto que hay pocos servicios pero se suplen con la hospitalidad y generosidad de los treinta y tres vecinos. Se dedican a la agricultura, la ganadería y al turismo de nieve y están encantados de que venga gente que de vida al pueblo. Arrés invita a saborear el silencio. Puro, bello, limpio, tranquilo.



Arrés, construcción típica pirenaica

Etapa 3

De Arrés a Artieda. El valor de lo pequeña

- Información Turística
- Hotel
- Albergue
- Camping
- Vivienda de Turismo Rural
- Supermercado / Tienda
- Banco / Cajero
- Servicios Sanitarios
- Farmacia
- Bar o Restaurante



Arrés amanece vacío y solitario, sin rastro de gente ni pájaros, perros o gatos. Lo más importante del mundo es cada pisada y cada golpe de bordón. Esta etapa es llana y sin dificultad pero con pocas sombras, mucha soledad y tiempo para pensar. El azul del cielo compone la mitad del paisaje. A ras de suelo, los tonos verdosos y ocres realzan la belleza de la Corona de Berdún y del Pirineo en el horizonte. A lo largo del día se irá sucediendo un rosario de pueblos aupados sobre cerros con la estepa aragonesa a sus pies. Todos estos núcleos han sufrido numerosos asedios a lo largo de su historia, han caído y se han levantado. La peor amenaza es la falta de población. Los milanos reales sobrevuelan restos de animales que han quedado esparcidos tras el paso de algún coche. La gente tranquila y hospitalaria de estas latitudes está acostumbrada a ver pasar.

Esta parte del Camino Francés por Aragón es la que mejor refleja el espíritu medieval de la peregrinación a pesar de que la traza de entonces la engulleron las aguas de Yesa. Desde Arrés hay que bajar a una pista agrícola. En medio de la quietud, el peregrino camina entre verdes trigales que se tornan dorados en verano, sustento de los que habitan esta tierra dura. Enseguida se llega a una explotación agroganadera que ofrece alojamiento de turismo rural. Delante del Pirineo, el paisaje lo componen las sierras de Orba y Leyre separadas por un profundo tajo excavado por el río Esca. Este desfiladero sorprende con escarpes de hasta quinientos metros de altitud entre boj, carrasca y tranquilidad, ante la mirada de buitres, quebrantahuesos, águilas y alimoches.

El camino avanza por la margen izquierda del río Aragón que fluye encajado entre líneas de esbeltos chopos y álamos. En la otra orilla, asoma Berdún que se alza sobre un altozano alargado como para recordar al viajero que no está solo. Su posición estratégica lo convierte en vía natural de enlace entre los valles pirenaicos, punto de encuentro de gentes y costumbres.





En lo alto de la muela, Berdún

A la izquierda, acompañan los montes de Samitier, Parueta y Peña Nobla. Tras abandonar la pista por una senda a la derecha, empiezan a aparecer pequeños cerros erosionados. Pronto se atraviesa la carretera asfaltada que une Berdún y Martes. Inconfundible porque hay un buzón en el cruce y unos planos para orientar.

A Martes no hace falta entrar pero el que lo hace se encuentra con un coqueto lugar construido en piedra y teja con rincones encantadores, bonitas chimeneas y con la iglesia gótica de la Asunción, de finales del siglo XV, con su esbelta torre, bóvedas de crucería estrellada y una preciosa colección de retablos. Martes se llama como el día de la semana y casi como el dios romano de la guerra o como el planeta rojo. No podía ser otro con los atardeceres rojizos que regala a la vista la Canal de Berdún, un amplio valle teñido del gris de los materiales margosos, a veces, tan erosionados que forman unas típicas zanjas en la zona conocidas como cárcavas. Por estas latitudes, se han recuperado corrales y parideras como refugio para el peregrino, que tiene la ocasión de tocar con sus propias manos la arquitectura popular.



Pozo en Martes

Ante él se abre un camino recto de tierra que se dibuja sobre una extensa planicie decorada con campos de cereal. El paisaje parece lunar. Llega un momento que la meseta se acaba y el trazado desciende hasta una vaguada para cruzar sobre una pasarela el barranco de Sobresechos con caudal incluso en verano. Justo en el fondo se extingue la provincia de Huesca y

nace la de Zaragoza. La erosión ha transformado el terreno. Se suceden más montículos y barrancos como el de Calcones que el peregrino tenía que vadear metiéndose en el agua hasta que se instaló la pasarela. Se conserva casi intacta la traza original por la trasera de la granja de San Martín donde prestan encantados ayuda y conversación a todo el que lo necesita. Enseguida se llega a Mianos, otro bonito pueblo aupado sobre una colina. Lo mandó reedificar en esta cima Alfonso II en 1170 después de que la guerra destruyese un Mianos anterior. En lo más alto se levantó un recinto fortificado que, con el tiempo, cedió su espacio a un palacio y a la iglesia de Santa Ana de origen medieval, ampliada en el siglo XVI. Fuera la capilla de Nuestra Señora del Arco guarda como un tesoro el retablo del siglo XVI dedicado a San Sebastián. Como muchas de la zona, en algún momento, la parroquial perteneció al priorato de San Juan de la Peña. Bajo ella, en la ladera, se escalonan las casas. Junto al camino, las ruinas de la venta de Mianos que atendía a los viajeros, en el siglo XVIII. Hoy no hay servicios para el viajero pero los vecinos son acogedores y hospitalarios.



Barranco de Calcones

El peregrino supera Mianos, avanza por la izquierda del río con el agua embalsada de Yesa y la sierra de Leyre en el horizonte. Un poco más adelante se alcanza el cruce con la carretera que conduce a Artieda. En este punto hay un cartel informativo. Nada más pasar la curva a la izquierda en suave ascenso se toma un camino poco marcado y se llega a Artieda. En época medieval, este núcleo estaba ubicado más abajo, en la ribera, con la iglesia y las casas distribuidas a lo largo del Camino Real, como los vecinos llaman al compostelano por estas latitudes. Siempre han vivido de cara a él porque les da vida. La gente es vida y los peregrinos que pasan son vida. Fue villa real y, en alguna de las invasiones navarras, el antiguo pueblo quedó destruido y se levantó el nuevo sobre una colina frente al río Aragón.



Mianos desde el aire

Desde fuera Artieda se ve como un lugar armonioso y bien cuidado al que apetece entrar. La sensación se confirma al pisar sus calles empedradas. Están censadas menos de un centenar de personas pero, entre ellas, hay jóvenes que trabajan en las granjas, la carpintería, en el servicio de taxis, un par de casas rurales o en el albergue de peregrinos que construyó el Gobierno de Aragón aprovechando la antigua abadía. La torre campanario de la iglesia de San Martín, de origen románico, destaca sobre las demás casas, el antiguo hospital, el horno, la plaza y varias ermitas. Merece la pena detenerse ante la portada del antiguo palacio de los Pagos o Diezmos.



Iglesia de Artieda

En el interior de la espi-gada torre, un Centro de Interpretación del Camino de Santiago vincula el marco natural y espiritual que rodean a la ruta jacobea con las etapas de la vida del ser humano. En cada planta se recrea el ambiente, la luz y el sonido de una estación del año como símbolo de la infancia, juventud, edad adulta y vejez. Un puñado de sensaciones que invitan a pensar y sentir. Se sube por la torre como se recorre el Camino de Santiago y como transcurre la vida del ser humano: con

inmadurez, desconocimiento e ilusión al principio y con sentencia, determinación y conocimiento al final. El campanario es el destino lleno de luz y con las mejores vistas de la Canal de Berdún. Vistas al gran Pirineo, al juego de aguas verdosas y azuladas del pantano, la sierra de Leyre con su monasterio y la entrada al agreste valle del Roncal bañado por el Esca, otro de los afluentes del Aragón.

Son las tierras de la Alta Zaragoza, el territorio más septentrional de la comarca de la Jacetania. Pertenece a la provincia de Zaragoza. De tradición agroganadera, el paisaje lo conforman amplios campos y los abruptos desfiladeros que forma el río Esca en su descenso hacia el Aragón. Estas aguas y las del pantano invitan a practicar actividades acuáticas como pesca, vela, piragüismo o descenso de barrancos. Aves como el ave-toro o el abejaruco no se pierden detalle de lo que pasa en este territorio. Los buitres al posarse sobre los campos de cereales regalan estampas de película.



Escalera de caracol de la torre de la iglesia de Artieda

En Yesa, fluye un manantial de agua termal en los restos del antiguo balneario de Tiermas, que resurge milagroso para la salud a partir de septiembre cuando bajan las aguas del pantano. Los coquetos cascos urbanos de los pueblos, ermitas, iglesias y antiguas casas de infanzones ven pasar el Camino de Santiago.

Artieda es un buen lugar para ser testigo de cómo se apaga el día y se enciende el cielo. Se puede pernoctar en el albergue o en alguna casa rural, en todos los casos, han conseguido crear un ambiente acogedor con el mobiliario y los detalles que hacen únicos a los hogares pirenaicos. La calidez la pone la hospitalidad de los vecinos.

Cualquier bocadillo preparado con cariño para el peregrino sabe a gloria. Pero no está de más conocer los platos típicos que se han servido y se sirven a lo largo del camino en territorio altoaragonés. El engrudo de Jaca que es bacalao o los espárragos montañeses que se cocinan con carne de oveja, estofado de vaca, pollo a la chilindrón y beritaco, una especie de chorizo. Las chacinas caseras, el conejo, la gallina o la caza, las migas de pastor, ternasco asado, cardo, la borraja y crespillos. Cualquier postre casero, de panadería de pueblo o los besitos, lazos, jaqueses, condes y otros prodigios de la pastelería de Jaca son el perfecto colofón. Gastronomía sincera, amorosa y sin afeites que conquista todos los estómagos. Sólo falta regarla con alguno de los ricos y variados vinos de las cuatro Denominaciones de Origen aragonesas. El día ha sido largo pero ha merecido la pena.



Albergue Artieda

Etapa 4

De Artieda a Undués de Lerda.

Despedida azul



Hoy el peregrino estrena su última etapa por tierras aragonesas pero volverá con familia y amigos para cumplir con todas las excursiones y visitas recomendadas que quedan pendientes. La claridad lo va envolviendo mientras baja a la llanura para seguir por la comarcal C-137. Superada la extensa y monótona planicie salpicada de coquetos pueblos encaramados a curiosos cerros, los rosales silvestres, margaritas y otras hierbas alegran el camino que continúa por la margen izquierda del río Aragón. Desde Artieda, quedan diez kilómetros por delante. Los tres primeros transcurren por esta vía en medio de un terreno de margas grisáceas de frágil consistencia. Trescientos metros después de atravesar el mojón que señala el kilómetro 28, se toma un desvío por el monte que se interna por un sendero estrecho entre bosques de pino y roble. Tras cruzar de nuevo la carretera, el trazado serpentea entre ésta y el embalse de Yesa.



Escó, atalaya abandonada sobre Yesa

Yesa calma la sed de los regadíos de Bardenas y de los amantes de los deportes acuáticos pero inundó tierras de labor y causó el abandono de pueblos como Ruesta, Escó y Tiermas. Estos dos últimos asoman al otro lado del pantano subidos a dos promontorios, en el límite entre las comarcas de la Jacetania y Cinco Villas. A final de verano, baja el nivel de Yesa y salen a flote las ruinas del antiguo pueblo que engulló el embalse en 1959. El histórico puente de piedra que era paso obligado del Camino de Santiago, la nostálgica silueta de la ermita del Pilar y su necrópolis anexa. Tiermas fue una villa importante que fundó Pedro II en 1201. A un paso de la frontera navarra, cumplió su misión defensiva y obtuvo beneficios de los reyes. Cada mes de septiembre, resurge también el balneario de Tiermas. El nombre se debe a las aguas termales naturales que fluyen del suelo a 37° C y que los bañistas aprovechan desde tiempos de los romanos. A los peregrinos se les permitía, por privilegio real, amortiguar a remojo las dolencias provocadas

por la dureza del camino. Picaud citaba en su *Códex Calixtinus* estos “baños reales que fluyen calientes constantemente”. Hoy de este balneario gratuito se alaban los dones para combatir reumatismos, problemas respiratorios y de piel.



Ruinas de Tiermas

Un par de kilómetros antes de llegar a Ruesta, el trazado se acerca al monasterio de San Juan de Maltray que acabó dependiendo de San Juan de la Peña. De la abadía que se fundó en el siglo X, sólo queda en pie la ermita de San Juan. Las pinturas murales se conservan en el museo de la catedral de Jaca. Enseguida Ruesta asoma por sorpresa coronada por la silueta de su impresionante castillo en ruinas que conserva dos esbeltas torres. Bajo él se abre un barranco que convertía a este lugar en inexpugnable por el norte y el oeste. En 1035, en el testamento de Sancho III, aparece como uno de los cuatro principales enclaves defensivos de Aragón junto a Samitier, Petilla y Loarre. Entre los siglos XI y XIII, Ruesta sobresalió como ciudad-mercado que ofrecía todos los servicios al visitante. Había cuatro iglesias, un



Crucero y ábside de Ruesta

par de hospitales para peregrinos y una importante judería desde la que se administraban el castillo y el horno. A las puertas de la ciudad se cobraban los peajes mercantiles y comerciales. Desde lo alto del castillo, Ruesta debió ser testigo de la llegada de terribles invasiones, hoy desde allí reina la calma y se asiste a la desembocadura del río Regal en el Aragón. Poco queda del esplendor económico que tuvo la zona y la importancia que adquirió como paso natural.

Antaño los peregrinos subían hasta este pueblo-fortaleza y se alojaban en el priorato de Santiago ubicado a la salida de

Ruesta. Desde allí bajaban a un puente de piedra sobre el Aragón, cruzaban a la otra orilla y seguían por Tiermas su camino. Hoy nada queda del priorato ni del puente y Ruesta invita a imaginar cómo fue cuando poseía más de un centenar de casas habitadas antes de que las tierras de labor se las tragara el pantano. Una capa de abandono sepultó el pueblo y el que parecía inexpugnable castillo. El silencio se adueñó de este



Ruesta con el castillo en lo alto

territorio hasta que, en 1988, la Confederación Hidrográfica del Ebro lo cedió al sindicato Confederación General del Trabajo para su recuperación. CGT lucha por recomponer los jirones de este bello enclave y convertirlo en un pueblo libertario y en una eco-aldea sociocultural. Quieren demostrar que se puede vivir de otra forma, que la utopía puede ser realidad. Poco a poco va volviendo la vida. Ubicadas junto a la iglesia, Casa Valentín y Casa Alifonso se han convertido en un par de albergues juvenil y de peregrinos con capacidad para sesenta y cuatro personas, ofrecen todos los servicios y están integrados en la Red de Albergues del Camino de Santiago. El trazado atraviesa el pueblo que presume de una bonita fuente resguardada bajo una bóveda. Desciende en dirección a las aguas azuladas del pantano hasta el río Regal que se cruza por una pasarela de madera para entrar en el camping. Se trata de una extensa zona de acampada entre el arbolado y la vegetación con capacidad para doscientas cincuenta personas que abre en verano.

Una pista de tierra es el preámbulo de una subida con un desnivel de cuatrocientos metros por el pinar de la peña Musera. La fuente de Santiago espera junto a unos robles gigantes. Desde allí enseguida se alcanza la ermita de San Jacobo o de Santiago. Al parecer fue un monasterio entregado a los monjes franceses de la abadía de Selva Mayor que contó con hospedería para atender a los viajeros. Tiene dos naves. La de la capilla es más estrecha y termina en un ábside recto; la del albergue es más ancha y un poyo recorre las paredes laterales. Un capitel de la puerta muestra tres figuras humanas que bien podrían

ser peregrinos. En las paredes exteriores, algunas piedras se disponen en espiga, adorno propio de los romanos y poco frecuente en el románico. Las vistas del pueblo abandonado son preciosas.



Ríu Regal en Ruesta

Ruesta se promociona como centro vacacional y atrae a un buen número de visitantes. Además de las actividades culturales que se organizan, sus paisajes sugieren un montón de propuestas para los amantes de la aventura, el arte y la naturaleza. A un paso están el navarro castillo de Javier o las medievales Sos del Rey Católico y Uncastillo, en medio de llanuras arcillosas. En Sos, nació el rey Fernando el Católico, en el castillo de Sada. En cuanto a Uncastillo,

como dice su nombre, villa y castillo son uno. Media docena de iglesias románicas, intrincadas calles y casas solariegas con un paisaje inigualable a los pies explica porque este entorno es un auténtico Territorio Museo. El monasterio de Leyre espera recostado sobre la sierra. Cuenta la leyenda que el abad Virila, natural de Tiermas, estaba en el bosque escuchando el canto de un ruiseñor cuando quedó en éxtasis. Al despertar llegó al monasterio de Leyre y comprobó que habían pasado trescientos años.

La foz aragonesa de Biniés y muy cerca las navarras Lumbier y Arbayún fascinan con su mágica belleza. Foz proviene de los términos fauce o boca, ambos conceptos bastante descriptivos. En Biniés, altas paredes calizas de más de doscientos metros de altitud encierran un breve tramo del río Veral. En las repisas y oquedades anidan buitres leonados, alimo-



Haciendo el Camino en bicicleta

ches y quebrantahuesos. A ras de suelo, truchas, nutrias y mirlos. Los juegos de luz han diseñado parte del paisaje. Carrasca, quejigo y buxo pueblan las zonas soleadas. Sauces, mimbreras, tilos y álamos se elevan junto al cauce. Más sugerencias en toda la zona: pesca, deportes náuticos y de aventura, ala delta, rutas fotográficas, micología, senderismo, bicicleta de montaña y la ruta del románico aragonés y navarro.



Undués de Lerda

Undués de Lerda es el último pueblo aragonés a donde se asoma el Camino de Santiago antes de continuar por tierras navarras. La tranquilidad impera en un precioso lugar en el que viven una treintena de personas. El peregrino tiene el privilegio de entrar al pueblo pisando un tramo de calzada romana intacta desde hace dos mil años. Pero cuidado porque, con tiempo lluvioso, el acceso está muy resbaladizo y las caídas pueden acarrear lesiones. Dentro afloran calles empedradas que respiran en amplias plazas y bellas casonas de sillería rematadas con escudos blasonados. La piedra rojiza predomina en las edificaciones que lucen portadas y ventanas elegantemente de-



Aéreo púlpito de la iglesia de Undués de Lerda

coradas. Una construcción gótica y un par de casas-palacio del XVIII constatan la importancia que tuvo antaño esta localidad que controlaba el comercio de frontera entre los reinos de Aragón y Navarra y estaba abierta a las corrientes culturales y sociales que entraban por la ruta jacobea. El ayuntamiento se instaló en un austero y compacto edificio de mampostería y ladrillo del siglo



Torre de la iglesia de Undués de Lerda

XV. Merece una atenta mirada la gran iglesia de San Martín, del siglo XVI, que conserva en su interior una interesante pila bautismal del XIII. La antigua capellanía de finales del siglo XV, austera y sencilla, se acondicionó y funciona como albergue. Dispone de cincuenta y cuatro plazas, tiene restaurante, tienda con productos frescos, amplio comedor con chimenea, salas de reuniones, campos para juegos y acceso a la piscina municipal. Adriana, una chica navarra de veinticuatro años, está al frente del albergue. Está acostumbrada a ver a muchos caminantes. Hoy ha cocinado lentejas y guisado. El peregrino necesita comida contundente. Siempre con una sonrisa, los viajeros le dicen que se está ganando el cielo. Antes de contemplarlo esta noche queda tiempo para visitar los alrededores de Undués de Lerda. La fuente Faola presume de propiedades minerales, hay también un nevero medieval y unas salinas romanas en el barranco de Salinas.

Adriana ayuda a repasar el mapa al peregrino. Desde Undués hasta Sangüesa hay once kilómetros y medio de camino. Undués se deja atrás por una pista de tierra que desciende para cruzar la estrecha carretera del Canal de Bardenas. Entre campos de cereal y cerros poblados de coscojas, un gran mojón indica el límite entre Aragón y Navarra. Sobre una colina se alza la ermita de Nuestra Señora del Socorro. La pista discurre por la izquierda del poblado abandonado de Ull y enseguida se llega a Sangüesa donde hay cajeros y todos los servicios.



Adriana, la hospice de Undués de Lerda

La aventura por tierras aragonesas toca a su fin. Nunca había mirado al cielo así y nunca me había mirado tan adentro como en el Camino de Santiago. Ha sido un placer.

Aragón, Cruce de caminos

El territorio aragonés es lugar de encuentro de gentes, lenguas, culturas, tradiciones y caminos. Convergen y divergen muchos y variados.

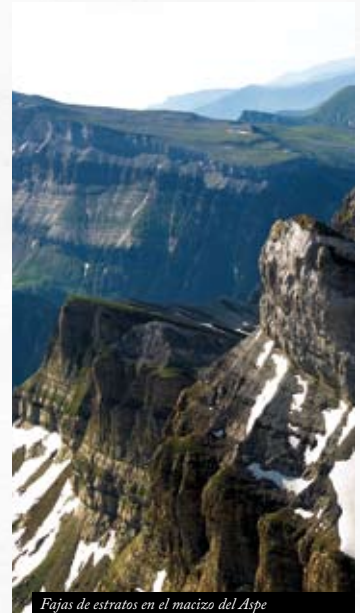
El Camino Francés ha protagonizado gran parte de estas páginas. Pero hay más pasos por el Pirineo y otros trazados maravillosos que discurren por tierras aragonesas:

- **El Camino Catalán** que recorre Aragón de este a oeste.
- **El Camino Jacobeo del Ebro** que aprovecha todas las vertientes del río.
- **El Camino Valenciano** que, procedente de Castellón, asciende por las serranías turolenses hasta el valle.

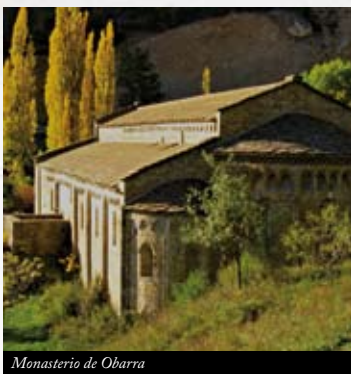
El Camino Francés y los pasos por el Pirineo

El Camino Francés es el más antiguo y el más conocido. Existe una ruta principal y múltiples ramales. La primera entrada a Aragón por los Pirineos se trazó aprovechando la calzada romana que cruzaba el puerto de Palo y descendía por el valle de Echo donde se levantó el monasterio de San Pedro de Siresa.

Más tarde se potenció la ruta actual. Desde el puerto de Sompport baja por el valle del Aragón atravesando localidades que surgieron o crecieron en torno al camino como Canfranc, Villanúa, Castiello, Jaca o



Fajas de estratos en el macizo del Aspe



Monasterio de Obarra

Santa Cilia. A la altura de Puente la Reina se abren dos opciones. La primera se interna por la Canal de Berdún y atraviesa varios pueblos hasta llegar a Undés de Lerda, el último antes de entrar en Navarra. Desde aquí se puede continuar por Yesa o por Sangüesa hasta enlazar con la ruta que desciende desde Roncesvalles a la altura de

Puente la Reina de Navarra. La segunda opción desde Puente la Reina de Jaca continúa hasta Huesca cruzando junto al pantano de La Peña, a la sombra de los mallos de Riglos y a través de Ayerbe. También se puede descender hasta el valle del Ebro cruzando las Cinco Villas, entre iglesias románicas y castillos.

Al camino principal que procede de Francia hay que añadir el que cruza los Pirineos por el Portalet. Desciende por el valle de Tena hasta Sabiñanigo, junto a las iglesias románico-mozárabes de Gavín, Susín, Busa y Lárrede. Desde allí a Jaca o hasta Huesca.

El túnel de Bielsa da acceso a preciosos paisajes como los del Parque Nacional de Ordesa y Monte Perdido, a un paso de la medieval Aínsa. Desde aquí se puede ir por Naval y El Grado al santuario de Torreciudad y a Barbastro o seguir la ruta que cruza el Parque Natural de la Sierra y los Cañones de Guara pasando por el bello Alquézar.

Una últimavía de entrada desde Francia es el túnel de Viella, en Lérida. El camino continúa por el valle de Benasque, salpicado por los picos más altos de la península, y desciende hasta Graus, muy cerca de Torreciudad; o bien por el valle del Ésera y pasando por el monasterio de Obarra y la colegiata de Roda de Isábena. Junto a Graus, el pantano de Barasona ofrece múltiples posibilidades turísticas. En Barbastro, destaca su catedral renacentista, el museo y otros edificios que invitan a dar un agradable paseo.



Claustro de Roda de Isábena

El Camino Catalán

Cada peregrino traza su propia senda y el Camino Catalán ofrece una gran variedad de posibilidades.

1. El Camino Catalán por San Juan de la Peña. Recorre, antes de llegar a Aragón, el monasterio de Monserrat, Igualada, Cervera, Tárrega y Balaguer. En tierras aragonesas, se interna por Monzón, Barbastro, Huesca, Loarre, San Juan de la Peña y Santa Cilia para enlazar con el tramo del Camino Francés.

Los peregrinos medievales lo frecuentaron aprovechando la traza de la calzada romana que unía las ciudades de Ilerda (Lérida) y Osca (Huesca). Hoy regala un mosaico de coloridos paisajes con frutales, campos de cereales, extensos pastos y majestuosos mallos. Monzón es la cabecera de la comarca del Cinca Medio. Los templarios dejaron como legado un magnífico castillo amurallado. El gusto de la arquitectura renacentista quedó plasmado en las casas-palacio de Pano y Zaporta además del palacete de los Fortones, el edificio del ayuntamiento y la casa de los Luzán. La románica colegiata de Nuestra Señora del Romeral atrae las miradas con su torre campanario de estilo mudéjar. Monzón presume también de la gótica de San Juan y la portada barroca de la iglesia de San Francisco pero, sobre todo, de que aquí viviese al mundo el político y pensador Joaquín Costa.



San Pedro el Viejo, Huesca

En Barbastro, nació la Corona de Aragón con la unión de Petronila y Ramón Berenguer IV. La catedral de la Asunción es una obra del siglo XVI pero muestra detalles de finales del gótico, retazos del renacimiento aragonés y decoración plateresca. En su interior, brilla un retablo inacabado de Damián Forment. En la capital de la comarca del Somontano, se encuentra también la casa de los Argensola, dos hermanos poetas. Hay que ver el palacio episcopal, la iglesia de San Julián, la de San Francisco y las barrocas de los Escolapios, Capuchinas y Misioneros. Son muy agradables los paseos por su acogedor casco antiguo y la visita al santuario de la virgen de Pueyo con pinturas de Bayeu.



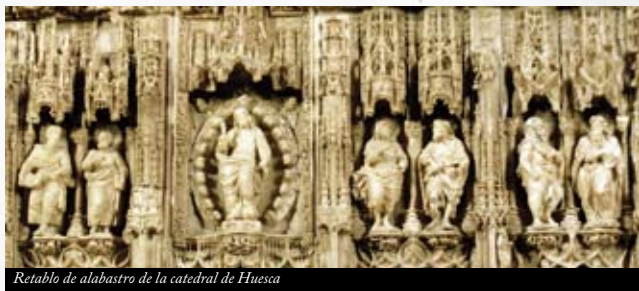
Fortaleza de Loarre

El vino de la Denominación de Origen Somontano fluye en esta zona de tierras onduladas.

Huesca es la capital de la provincia, una ciudad ideal para callejear, sentarse en las terrazas y probar su afamada repostería. La catedral gótica se construyó sobre una mez-

quita árabe y, en su interior, se guarda el retablo que talló en alabastro Damián Forment. Casi enfrente está el ayuntamiento, un delicioso palacio renacentista y, muy cerca, en la plaza de la Universidad, el Museo Provincial. En la iglesia románica de San Pedro el Viejo descansan los sepulcros de Ramiro II el Monje y Alfonso I el Batallador.

De ahí al espectacular San Juan de la Peña, testigo del nacimiento del Reino de Aragón y del paso del Santo Grial. Levantado bajo una roca, el Monasterio Viejo aguantó incendios y heladas hasta que construyeron el Nuevo al lado, en la pradera de San Indalecio, bastante más soleada. Los paisajes son increíbles. Santa Cilia espera a un paso, con su perfecta cuadrícula de calles, su puente sobre el río Aragón donde se cobraba peaje a los pastores de los rebaños trashumantes y la parroquial de San Salvador que se levantó en el siglo XVIII sobre una construcción anterior. A esta altura, el Camino Catalán confluye con el Francés.



Retablo de alabastro de la catedral de Huesca



Portada abocinada del monasterio de Sigüenza

2. El Camino Catalán por Zaragoza recorre la misma ruta que el de San Juan de la Peña en el tramo que va del monasterio de Monserrat a Tárrega, luego llega a Lérida y entra en Aragón atravesando Fraga. Desde aquí se puede llegar a Huesca pasando por Sigüenza y por Sariñena o bien existe la posibilidad de volver hacia el valle en dirección Zaragoza atravesando la sierra de Alcubierre para salir por Tudela en dirección a Logroño.

Fraga invita a pasear por su casco urbano medieval plagado de construcciones con escudos, aleros de madera y portales de piedra como el palacio del Gobernador y las casas de Junqueras, de los Escolapios, Foradada y de Monfort. La parroquial dedicada a San Pedro levantada sobre una mezquita en el siglo XII mezcla románico, gótico y mudéjar. La antigua iglesia de San Miguel espera en lo alto del Castell, donde se hallaba el castillo musulmán. La torre de los Frailes, antigua fortaleza musulmana fue reformada en el siglo XIV por los caballeros templarios. El tiempo retrocede en Villa Fortunatus, un conjunto bajo-imperial romano dividido en tres partes con distintas edificaciones fechadas entre los siglos II y VII.



Laguna de Sariñena

El monasterio de Sigüenza es un solemne y descomunal cenobio femenino que fundó la reina Doña Sancha, esposa de Alfonso II. De estilo románico-gótico, se edificó entre los siglos XII y XIII para acoger a las señoras nobles del reino. Incendiado durante la guerra civil, este monumento nacional cautiva ya desde la puerta, impresionante, románica, decorada con catorce arquivoltas.

Sariñena aparece como un oasis en medio de Los Monegros con su espectacular laguna, en la que da gusto contemplar su variada flora y su fauna, sobre todo, las aves acuáticas.

3. Hay otra opción que coincide con la N-II y pasa por la árida estepa de Los Monegros, solitaria y austera. Una vez en Zaragoza, el trazado sigue el curso del río Ebro hasta Tudela.

El Camino Jacobeo del Ebro



El Ebro entre Caspe y Chiprana

El Camino Jacobeo del Ebro aprovecha la traza del río en todas sus versiones. Por el agua, durante la Edad Media, los remeros navegaban hacia Santiago siguiendo el curso fluvial. En los puertos de Tortosa, se reunían peregrinos procedentes de los países del Mediterráneo, atravesaban la catalana Gadesa y entraban en Aragón donde recorrían Caspe y Zaragoza. Ribera arriba continuaban hasta Logroño, donde enlazaban con el Camino Francés. Durante muchos

años, se dejó de utilizar esta vía de peregrinación pero hoy se ha recuperado gracias al impulso de instituciones y amigos del camino. Los paisajes acuáticos son preciosos. En territorio catalán, el Delta del Ebro presume de parque natural, una extensa zona húmeda de más de siete mil setecientas hectáreas en la que se concentran decenas de especies de aves y plantas. Ya en Aragón, Ribarroja regala el espectáculo del Aiguabarreig o mezcla de agua. Es un punto en el que confluyen Ebro, Segre y Cinca tras jugar durante kilómetros entre carrizales e islotes. En el pantano de Mequinenza, entrenan cada año los famosos remeros de Oxford atraídos por la tranquilidad y las bondades de la zona.

Por tierra, los peregrinos siguen el trazado de Tortosa a Gadesa, luego Fabara, Caspe, Chiprana, Escatrón, Monasterio de Rueda, Sástago, Alborque, Cinco Olivas, Vellilla, Gelsa, Quinto, Fuentes de Ebro, El Burgo, La Cartuja Baja y Zaragoza. Desde aquí el del Ebro se une al Camino Catalán para seguir por Alagón, Cabañas, Luceni y Mallén en dirección a Logroño donde se enlaza con el Camino Francés.

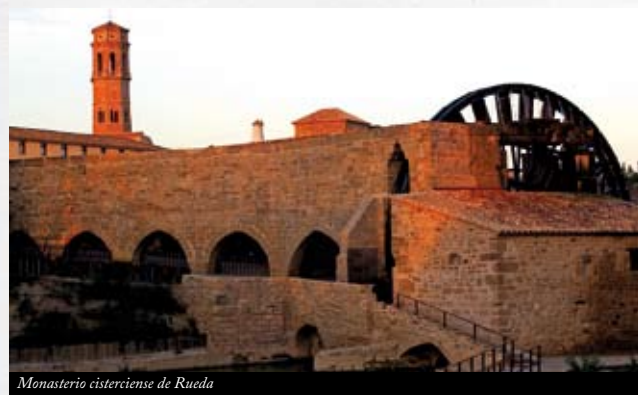
El trayecto está plagado de pueblos con una importante historia que contar y gente noble con ganas de compartir. Dice la tradición que, en Zaragoza, se apareció la virgen a Santiago junto a un pilar. Allí mismo se levantó la Basílica de Nuestra Señora del Pilar, el primer templo mariano de la cristiandad. Al apóstol lo acompañaba en ese momento San Indalecio al que la tradición presenta como hijo de Caspe. Viajó con el apóstol en su regreso a Palestina y, al pasar por la ciudad del Compromiso, fundó la segunda iglesia de la cristiandad dedicada a María.

En Caspe, se conservan los restos del mausoleo romano de Miralpeix, en la plaza del Compromiso junto a la colegiata de Santa María. El castillo gótico era la residencia oficial de los comendadores de la orden de San Juan. En sus salas, en el siglo XV, se eligió rey para la Corona de Aragón en el famoso Compromiso de Caspe. La colegiata de Santa María la Mayor es una de las mejores iglesias góticas de Aragón.



Colegiata de Caspe

La gran llanura de Monegros alberga un conjunto de lagunas salinas único en Europa. La salada de Chiprana está reconocida como de importancia internacional. Más de treinta hectáreas y paleocanales de areniscas crean un contorno irregular salpicado de islotes y penínsulas alargadas. Cinco metros de profundidad y una salinidad que duplica a la del mar. En este caso, el aporte del agua subterránea hace que ésta nunca se seque. Junto a ella relaja contemplar la laguna de las Rocas y el prado del Farol, un humedal colmatado y cubierto de carrizo.



Monasterio cisterciense de Rueda

Escatrón aparece entre olivares y carbón. El motor de este pueblo ha sido su central térmica. Jaime I llegó navegando por el Ebro y recaló en este puerto, Felipe IV también pasó por aquí en su camino hacia Cataluña. En la antigua muralla destaca la puerta del Arco de Santa Águeda, hay un par de bellas ermitas y la iglesia de la Asunción. Muy cerca espera el monasterio de Rueda, uno de los tres cistercienses de Aragón. La orilla del Ebro fue el lugar perfecto para ubicarlo en 1202, apartado de todo pero dominando un amplio y rico territorio. De distintos estilos y épocas, los edificios más antiguos como el refectorio, calefactorio, cocina y dependencias del noviciado son del siglo XIII. Durante el XVI, hubo obras de ampliación y mejora. La torre mudéjar es del XVII. El abandono llegó en 1835 con la desamortización de Mendizábal. Hoy está restaurado y más acogedor que nunca. Invita a quedarse la hospedería que ocupa el palacio Abacial.

En las canteras de Sástago, se concentra la mayor cantidad de alabastro del mundo. Hay mucho que ver: la iglesia barroca de Nuestra Señora del Pilar, el castillo de la Palma, la ermita del Pilar y la torre defensiva que llaman el Tambor por su forma cilíndrica.



Textura de alabastro

Alborge es productor de aceite de Denominación de Origen. La iglesia, también del XVII, está dedicada a San Lorenzo. Quedan restos de un castillo musulmán que controlaba el tráfico fluvial. Hay una nevera excavada en la roca y coronada por una cúpula de piedra, restos de una noria árabe y un molino de aceite. Las mejores vistas son las que se ven desde el mirador de las Tres Aguas. En el vecino Alforque, destaca su gótica parroquial de San Pedro que se convirtió en granero tras la guerra Civil hasta que le curaron sus múltiples heridas. La casa de Gros o casa Tomé era de una familia adinerada del siglo XIX. En ella se elaboraba aceite puro en cubas de azulejos que todavía pueden contemplarse. Hay dos pilones, uno consagrado a la virgen del Pilar y otro a Santa Bárbara al que se acude en procesión para pedir lluvia. Cinco Olivas

surge entre olivos y tradiciones. La iglesia de Santiago se levantó en tapial y ladrillo en el siglo XVII. La guerra Civil acabó con sus retablos pero sobrevivió una preciosa pila bautismal tallada en alabastro.

En Gelsa, da gusto pasear entre su gente amable, sobre todo, por la calle de los cubiertos, donde las casas de ambos lados se unen generando un techo o cubierto. Hay que acercarse también a la parroquial de San Pedro Mártir de Verona, al barrio morisco y, sobre todo, a la sabina milenaria. El nombre de Quinto hay que buscarlo en su origen romano. Éste sería el quinto miliario, cinco millas separarían a este lugar de la primera colonia fundada por Roma en el valle, Lépidia Celsa.

Pina presume de mudéjar y de la parroquial de Santa María. Es la antigua iglesia del convento franciscano de San Salvador que empezó a construirse con ladrillo en el siglo XVI en estilo gótico, se concluyó en el XVII con matices barrocos y se coronó con una elegante y alta torre. Hoy acoge las actividades culturales del pueblo. Desde la ermita de San Gregorio, se domina un precioso territorio salpicado por parajes como la Retuerta de Pina, un intrincado conjunto de barrancos de fondo plano, en cuyas cimas y laderas destaca un sabinar siempre verde.

Fuentes de Ebro es un pueblo lleno de vida y tradiciones que se plasman en romerías, dances y fiestas populares. Es famoso por sus cebollas dulces que no pican ni hacen llorar al cortarlas. Las calles se ordenan en torno a una plaza central donde está la iglesia de estilo gótico tardío con destellos de mudéjar en la torre y la casa-palacio de los condes de Fuentes, padres de Ramón Pignatelli, impulsor del Canal Imperial de Aragón.

El Burgo de Ebro resulta agradable con sus casas de baja altura y su parroquial mudéjar del siglo XVI. En el santuario de Nuestra Señora de Zaragoza la Vieja han aparecido restos romanos. Muy cerca se desata el espectáculo de la naturaleza en la Reserva Natural de los Galachos de La Alfranca, Pastriz, La Cartuja y el Burgo de Ebro. Un húmedo manto de vida vegetal y animal que merece la pena contemplar.



Camarín de la Virgen del Pilar, Zaragoza

En La Cartuja Baja, las calles surgieron de las galerías y pasillos que rodeaban al monasterio de la Inmaculada Concepción que Alonso de Funes de Villalpando fundó en 1634. En sosegada armonía respiran el barrio y el cenobio que los monjes habitaron hasta que los expulsaron en 1835. Los nuevos propietarios alquilaron las dependencias a colonos agrícolas. Impresiona su portada tras la que se esconde de las miradas un patio interior renacentista y barroco. Iglesia, hospedería, torre y sacristía, refectorio, celdas, esculturas y pinturas firmadas por Francisco Bayeu conservan la esencia del silencio.



Plaza de las Catedrales, El Pilar y La Seo

Zaragoza aparece en una encrucijada de caminos, donde confluyen Ebro, Huerva, Gállego y Canal Imperial. Orgullosa de su pasado romano exhibe lo que queda de las murallas, las termas, el puerto fluvial o el teatro romano. La Aljafería deja constancia de tiempos de esplendor. La construyeron los árabes en el siglo XI como paraíso de recreo rodeada de huertas y acequias y la llenaron de artistas, científicos e intelectuales. En 1118, con Alfonso I el Batallador,

llegaron el cristianismo y la monarquía aragonesa. Empezaba la historia de la Seo vecina de otra joya, la basílica del Pilar. Con el siglo XVI, llegó el esplendor, se construyeron la lonja, la iglesia de Santa Engracia, las casas de los Morlanes, de la Maestranza, los palacios de los condes de Morata, Argillo, Armijo, el de Sástago y el Patio de la Infanta. Luego vendrán la profunda reforma urbanística de los siglos XIX y XX y la modernización del siglo XXI. A todo esto hay que añadir otras iglesias y museos, plazas como la de Los Sitios que recuerda la heroica resistencia frente a los franceses o el monumento al Justicia, figura típicamente aragonesa. Más de dos mil años de historia juntos dan para mucho. El Camino Jacobeo del Ebro también.



Yesería de filigrana. La Aljafería

El Camino Valenciano

1. Un primer ramal procede de Castellón y se introduce en el Maestrazgo entre sierras de belleza agreste y pueblos con historia como Mosqueruela, La Iglesuela del Cid, Cantavieja, Mirambel, Castellote, Calanda y Alcañiz. Ahí se bifurca. Una primera ruta se dirige a Zaragoza pasando por el poblado íbero de Azaila y, a partir de entonces, sigue el curso que le dicta el río Ebro. La segunda va desde Alcañiz a Caspe, pasa por el pantano de Mequinenza y, a partir de ahí, rodea los Monegros para llegar a la capital aragonesa.



Plaza porticada y ayuntamiento de Cantavieja

2. Un segundo ramal viene del Delta del Ebro. Entra en territorio aragonés por Calaceite, se asoma a Alcañiz y a Caspe y remonta el río hasta Escatrón, contempla el monasterio de Rueda y de ahí a Zaragoza.
3. El tercero parte desde Sagunto y Valencia y remonta el curso del río Turia hasta Teruel. Una variante de la ruta se desvía hacia Castilla a través de la boscosa sierra de Albarracín visitando lugares preciosos como Bronchales y Orihuela. La otra sigue el curso del río Jiloca atravesando Calamocha y Luco de Jiloca hasta Daroca. A partir de ahí se divide. Un primer camino se dirige por Paniza, Cariñena, Longares, Muel y María de Huerva hasta Zaragoza. El segundo atraviesa Morata de Jiloca, Paracuellos y Calatayud antes de adentrarse en la provincia de Soria o bien seguir hacia la capital aragonesa.

Aragón es un cruce de caminos. Si sobre el papel prometen, con los pies en el suelo mucho más. La brisa acaricia, huele a tierra.

Empieza a caminar.

Notas



Lined writing area on page 90.

Lined writing area on page 91.

Blank lined page with horizontal ruling lines.

Blank lined page with horizontal ruling lines.

Blank lined page with horizontal ruling lines.

Blank lined page with horizontal ruling lines.

Blank lined page 96

Blank lined page 97

ETAPA	KM	PUNTO	ALT.	ELEMENTOS DE INTERÉS	OT	H	ALB.	CAM.	VTR	T	CAJ.	S	F	B/R	TeL	Albergue	TeL	Albergue
1	0	Somport	1650	Frontera, vistas generales, obelisco Camino												Albergue Aysa - Carretera de Francia	974. 373 023	
1	1,5	Candanchú/Astún *	1600	Estación de esquí, montes, ambiente											974 364 679	Refugio Albergue Valle del Aragón	974. 373 222	
1	7,5	Canfranc Estación	1200	Estación tren, Coll Lladrones, Canal Roya, Santa Cristina											974 373 029	Albergue Pepito Grillo - Fdo. El Católico, 2	974. 373 123	
1	11,8	Canfranc pueblo	1160	Torre Fusileros, Puente, Convento/Iglesia												Refugio de Canfranc - Albarreda, 19	974. 372 010	
1	16,5	Villanúa	985	Collarada, Fuente del Paco, setas, Cueva Güixas, Dólmenes, Casco urbano, Iglesia de San Esteban, talla de Santiago											974 378 004	Albergue Tritón -Plaza Mediodía s/n	974. 378 281	
1	16,9	Aruej	970	Ruinas de iglesia y pardinás											Ayto. Villanúa			
1	[desv.]	Sasabe		Iglesia de San Adrián											Ayto. Jaca			
1	23,5	Castiello de Jaca	920	Iglesia de San Miguel, Garcipoltera, Casco antiguo, Equitación, Sasave, Iguacel, Caballos, calle de Santiago (calzada romana)											974 350 025			
1	31	Jaca	820	Catedral, Iglesia de Santiago, Ciudadela, Ayuntamiento, Festival, Primer Viernes de Mayo, Rapitán, Museo Diocesano, Convento Benedictinas y tumba de Doña Sancha, Puente de San Miguel											974 355 758	Albergue de peregrinos - Conde Aznar	974. 360 848	

ETAPA	KM	PUNTO	ALT.	ELEMENTOS DE INTERÉS	OT	H	ALB.	CAM.	VTR	T	CAJ.	S	F	B/R	TeL	Albergue	TeL	Albergue
2	0	Jaca	820	Catedral, Iglesia de Santiago, Ciudadela, Ayuntamiento, Festival, Primer Viernes de Mayo, Rapitán, Museo Diocesano, Convento Benedictinas y tumba de Doña Sancha, Puente de San Miguel											974 355 758	Albergue de peregrinos - Conde Aznar	974. 360 848	
2	7	Atarés	840	Iglesia y restos de muralla y castillo											Ayto. Jaca			
2	15[desv]	Santa Cruz de la Seros	788	Iglesias románicas, casco urbano											974 361 974			
2	19,5	San Juan de la Peña	1115	Monasterio bajo y alto, Centro interpretaci3n, Parque Natural, San Salvador														
2	9,5	Binacua	760	Iglesia románica											Ayto. Sta Cruz de la Seros			
2	12,5	Santa Cilia	640	Pesca, Aer3dromo, Casa Palacio, Monte Cuculo, Iglesia Aer3dromo											974 377 168	Refugio de Santa Cilia - Calle del Sol nº 8	639 853 534	
2	18,5	Puente la Reina	655	Puente											974 377 201			
2	23,5	Arrés	660	Iglesia y casco urbano											974 348 129	El Portillo	974. 348 129	

ETAPA	KM	PUNTO	ALT.	ELEMENTOS DE INTERÉS	OT	H	ALB.	CAM.	VTR	T	CAJ.	S	F	B/R	TeL	Albergue	TeL	Albergue
3	0	Arrés	660	Iglesia y casco urbano											974 348 129	El Portillo	974. 348 129	
3	15,7	Mianos	615	Iglesia Santa Ana, talas románicas,											948 887 222			
3	20,5	Artieda	555	Iglesia y Casa Hospital											948 439 341	Albergue - Calle Luis Buñuel, 10	948 439 316	

ETAPA	KM	PUNTO	ALT.	ELEMENTOS DE INTERÉS	OT	H	ALB.	CAM.	VTR	T	CAJ.	S	F	B/R	TeL	Albergue	TeL	Albergue
4	0	Artieda	555	Iglesia y Casa Hospital											948 439 341	Albergue - Calle Luis Buñuel, 10	948 439 316	
4	6,5	Ruesta	510	Ermita de Santiago, Castillo, Naturaleza											649 813 552			
4	23,8	Undues de Lerda	665	Iglesia, Ayuntamiento, Salinas											948 888 113	Casa Valentín y Casa Alfonso (frente iglesia)	948 398 082	
															948 888 105	Albergue - c/ Herrería, 1	948 398 082	

*Candanchú pertenece al término municipal de Aisa (teléfono Ayto. 974 364 679) y Aisa pertenece al término municipal de Jaca (teléfono Ayto. 974 355 758)

OT: Oficina de Turismo

H: Establecimiento Hotelero

CAM: Camping

Ti: Tienda

VTR: Vivienda de Turismo Rural

CAJ: Cajero o banco

S: Servicios Sanitarios

F: Farmacia

B/R: Bar/Restaurante



ESPAÑOL

Camino de Santiago en Aragón

· GUÍA DEL PEREGRINO ·

